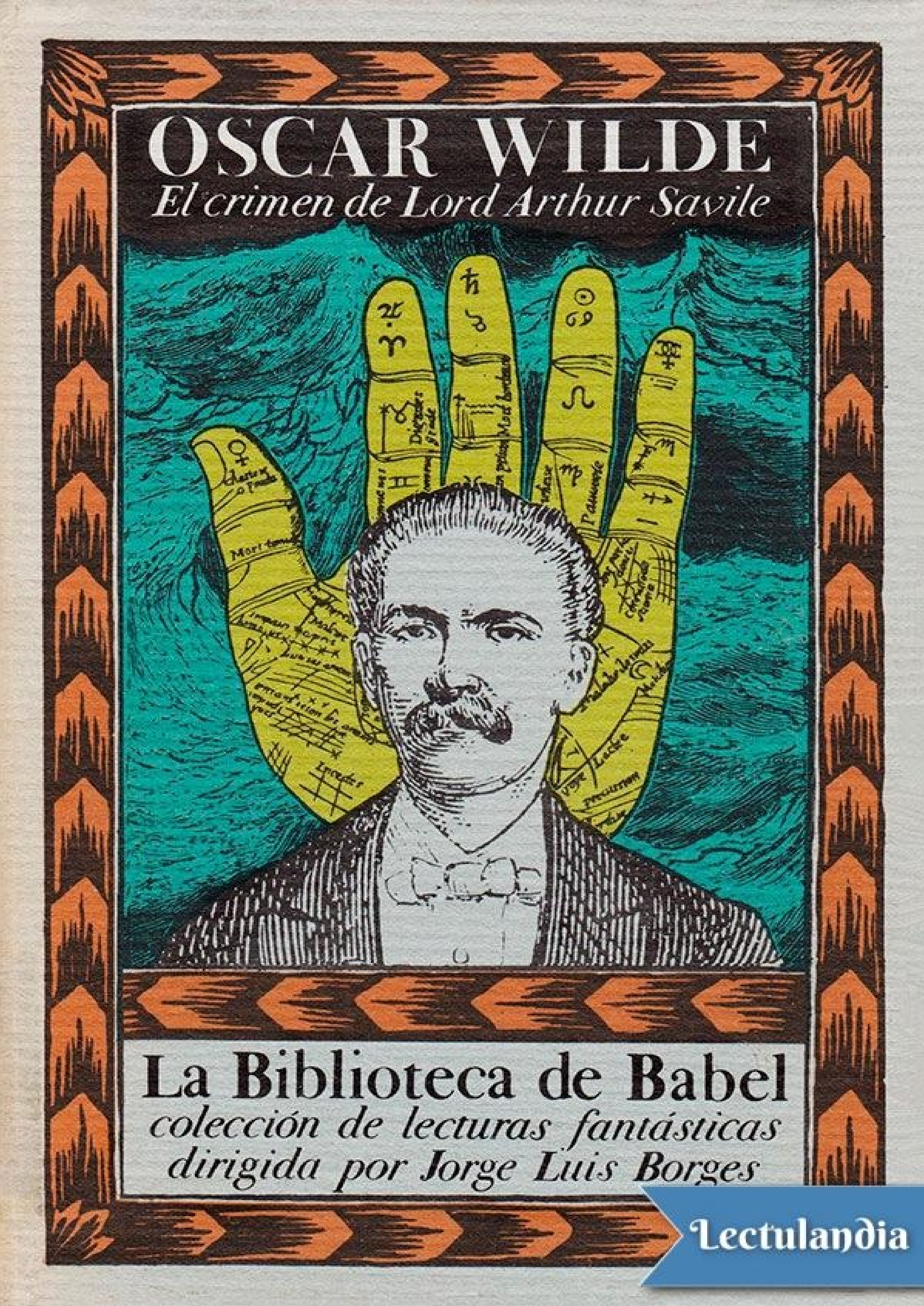

OSCAR WILDE
El crimen de Lord Arthur Savile
La Biblioteca de Babel
colección de lecturas fantásticas
dirigida por Jorge Luis Borges
Lectulandia

Casi ochenta años nos separan de la muerte de Wilde. Su época, tan alejada de nosotros, ya es una pieza de museo. El gran irlandés de triste destino y de alma venturosa es nuestro contemporáneo y lo será de muchas generaciones futuras. Su íntima, su invencible felicidad, los salva de perdurar en nuestra memoria como un dandy trágico, a la manera del príncipe de Dinamarca.

Jorge Luis Borges

Lectulandia

Oscar Wilde

El crimen de Lord Arthur Savile

La Biblioteca de Babel - 06

ePub r1.1
orhi 07.10.14

Título original: *Lord Arthur Savile’s Crime* (trad. de R. Baeza)
The Canterville Ghost (trad. de F. Humanes)
The Happy Prince (trad. de R. Baeza)
The Nightingale and the Rose (trad. de R. Baeza)
The Selfish Giant (trad. de R. Baeza)
Oscar Wilde, 1887
Traducción: Ricardo Baeza & Fernando Humanes

Editor digital: orhi
Corrección de erratas: Astennu
Editado para Meddle. Se lo dedico
ePub base r1.1

Prólogo

Hijo de un famoso oculista, Oscar Fingal O'Flahertie Wills Wilde nació en Dublín el 16 de octubre de 1854 y murió en una modesta habitación del hotel d'Alsace, en París, un frío mediodía de noviembre del año 1900. Dijo un día a su hermano: «Ahora soy Oscar Fingal O'Flahertie Wills Wilde. Así como el aeronauta para ascender va arrojando lastre, he llegado a ser Oscar Wilde. Para las venideras generaciones seré el Wilde o el Oscar.» Se educó en Trinity College y en Oxford. Fue un distinguido helenista y hace cien años, en 1877, viajó a Grecia. A diferencia de otros escritores que tratan de parecer profundos, Wilde, como Heine, esencialmente lo era y trataba de parecer frívolo.

Esa apariencia de frivolidad perjudica ahora su fama. Dirigió el movimiento decadente, que en Inglaterra correspondió al simbolismo y a las otras escuelas decorativas de la época, pero en contraste con sus contemporáneos lo hizo un poco en broma. En 1890 publicó El retrato de Dorian Gray, *acaso sugerido por la más famosa de las invenciones de Stevenson, pero donde la presencia del Mal es del todo diversa. Había viajado previamente por los Estados Unidos. En la aduana le preguntaron si tenía algo que declarar; contestó: «Nada, salvo mi genio.» Recorrió el país dando conferencias; proclamó su evangelio estético en Nueva York y, según él, en cierto local de Texas, leyó un cartel que advertía: «No disparen sobre el pianista; hace lo que puede.» En Salt-Lake-City, capital de los mormones, dio una conferencia; comentaría después que la sala era tan grande que podía contener hasta catorce familias. Trazó un pequeño plano mostrando cómo cada mormón ubicaba a su izquierda sus diez mujeres y a la derecha sus hijos. A su vuelta a Londres declaró que el descubrimiento de América fue un deplorable error y que Colón hubiera debido pasar de largo. Dijo de las cataratas del Niágara: «Llevan allí a todas las recién casadas americanas y la contemplación de ese estupendo espectáculo es el primer desencanto, ya que no el menos cruel, de la vida matrimonial.» Le ofrecieron una suma considerable por una novela de cien mil palabras; respondió que no sabía cien mil palabras.*

Se ha hablado demasiado del pleito por injurias y calumnias que entabló en 1895 al Marqués de Queensberry y que le valió ser condenado a dos años de trabajos forzados. A su salida de la cárcel parecía, nos dicen, un rey que vuelve del destierro; pero al entrar en una librería oyó decir a sus espaldas «ése es Oscar Wilde». Esa misma tarde se embarcó para Francia; no volvería a ver la luz de Londres. En Calais, el poeta Ernest Dowson lo llevó, para salvar su reputación, a un prostíbulo. Wilde cumplió con su obligación, pero exclamó: «Never again, it was like coid mutton». *En 1900 murió olvidado y pobre en un hotel de París. En la cinco veces centenaria iglesia de Saint-Germain-des-Près se rezó un responso. El dueño del hotel*

acompañó el cortejo con una corona fúnebre que decía: A mon locateur. *El proceso y la cárcel de Oscar Wilde fueron esencialmente un suicidio. El mismo le dijo a André Gide: «Yo quería conocer el lado oscuro del jardín.» Era un hombre seguro, muy elegante y atlético. Cuando estudiaba en Oxford tres estudiantes irrumpieron en su habitación para romper su colección de porcelanas orientales; Wilde los expulsó a puñetazos*.

Como The Importance of being Earnest *(que Alfonso Reyes ingeniosamente tradujo* La importancia de ser Severo), El crimen de Lord Arthur Savile *está con toda gracia más allá del Bien y del Mal. Se trata de la historia de un asesinato, pero el hecho se perpetra en un mundo que, por su misma frivolidad, no es menos real que el deliberadamente fantástico de Las Mil y Una Noches. Para acentuar este parecido cabría agregar que todo el relato, que ocurre en un Londres onírico, comparable al de Stevenson y al de Chesterton, está regido por el concepto islámico del Destino. De igual manera que en sus comedias mundanas, Wilde nos presenta personajes estúpidos, pero su estupidez es epigramática, ya que son risueños disfraces del autor. Recordemos aquella gran señora a quien le muestran el mapa de Australia y que dice: «¡qué forma rara!», para agregar después, como comprendiendo: «Es que se trata de un país muy joven.» El tema de El fantasma de Canterville pertenece a la novela gótica, pero, afortunadamente para el lector, el tratamiento no lo es. En este divertido relato, los americanos no toman en serio al fantasma, y ni los lectores ni Wilde toman en serio a los americanos. El príncipe feliz, El ruiseñor y la rosa y El gigante egoísta son cuentos de hadas, no concebidos a la manera genuina de Grimm, sino de un modo sentimental, que recuerda a Hans Christian Andersen, pero imbuidos de esa ironía melancólica que es atributo peculiar de Oscar Wilde*.

Casi ochenta años nos separan de la muerte de Wilde. Su época, tan alejada de nosotros, ya es una pieza de museo. El gran irlandés de triste destino y de alma venturosa es nuestro contemporáneo y lo será de muchas generaciones futuras. Su íntima, su invencible felicidad, lo salva de perdurar en nuestra memoria como un dandy trágico, a la manera del príncipe de Dinamarca.

Jorge Luis Borges

El crimen de Lord Arthur Savile

I

Estaba cercana la Pascua y era la última recepción de Lady Windermere. Los salones de Bentinck House se veían con este motivo mucho más concurridos que de costumbre. Seis ministros acababan de llegar del besamanos, deslumbrantes de placas y condecoraciones, y todas las mujeres bonitas de Londres allí congregadas lucían sus más elegantes *toilettes*. Al fondo del salón de retratos, se veía a la Princesa Sofía de Carlsruhe, corpulenta dama de tipo tártaro, ojuelos negros y maravillosas esmeraldas, chapurreando francés a voces y riendo inmoderadamente cuanto le decían.

Ciertamente que era aquélla una singular miscelánea de gentes. Fastuosas damas de las más linajudas charlaban afablemente con radicales virulentos; predicadores populares codeábanse con escépticos conspicuos y una verdadera congregación de obispos perseguía de salón en salón a una fornida *primadonna*; numerosos miembros de la Real Academia, disfrazados de artistas, ocupaban el rellano de la escalera y decíase que, en un momento dado, el comedor había estado desbordante de genios. Era, en suma, una de las más brillantes recepciones de Lady Windermere y la Princesa había perseverado hasta muy cerca de las once y media.

Apenas se hubo retirado, Lady Windermere volvió al salón de retratos, donde un célebre economista explicaba solemnemente la teoría científica de la música a un virtuoso húngaro que estallaba de indignación, y comenzó a hablar con la Duquesa de Paisley. Lady Windermere estaba maravillosa, con su largo cuello marfilino, sus grandes ojos de miosotis y sus densos rizos dorados. De *or pur* eran; no de ese color pajizo que hoy usurpa el nombre gracioso del oro, sino del oro que vibra en los rayos del sol o recela la materia extraña del ámbar; rizos que realzaban su rostro con nimbo de santidad sin arrebatarle su fascinación de pecadora. Lady Windermere era realmente un curioso estudio psicológico. Desde muy joven había descubierto la importante verdad de que nada se parece tanto a la ingenuidad como la imprudencia; y mediante una serie de travesuras, en su mayoría inofensivas, se había conquistado todos los privilegios de una personalidad. Más de una vez había cambiado de marido —el Debrett[1] al menos, cargaba en su haber tres matrimonios—, pero nunca había variado de amante, y la gente desde hacía tiempo había dejado de criticarla. Contaba

cuarenta años, no tenía hijos y la impulsaba esa inmoderada avidez de placeres que es el secreto de la juventud perenne.
Súbitamente, Lady Windermere miró con ansiedad en torno suyo y preguntó con su voz clara de contralto:
—¿Dónde está mi quiromántico?
—¿Su qué, Gladys? —inquirió la Duquesa, estremeciéndose involuntariamente.
—Mi quiromántico, Duquesa; no puedo vivir ya sin él.
—¡Querida Gladys! Usted siempre tan original —murmuró la Duquesa, intentando recordar el significado exacto de quiromántico.
—Viene a leer mi mano dos veces por semana —prosiguió Lady Windermere—; es interesantísimo.
«¡Dios mío! —se dijo para sí la Duquesa—, debe ser una especie de pedicuro. ¡Qué horror! Si siquiera fuese extranjero. No resultaría entonces tan desagradable».
—Voy a presentárselo a usted —propuso Lady Windermere.
—¡Presentármelo! —exclamó la Duquesa—; ¿no querrá usted decir que está aquí?
Y se apresuró a buscar en torno suyo su abanico de concha y su viejo chal de encaje, disponiéndose a huir a la primera alarma.
—Naturalmente que está aquí; sin él ni hubiera soñado en dar una fiesta. Dice que tengo una mano esencialmente psíquica, y que si mi pulgar hubiera sido ligeramente más corto, habría resultado una pesimista convencida y hubiese ido a dar en un convento.
—¡Ah, comprendo! —exclamó la Duquesa, tranquilizándose—. Por lo visto dice la buenaventura.
—Y la mala también, a veces —contestó Lady Windermere—. El año próximo, por ejemplo, me veré expuesta a grandes peligros por tierra y por mar. No tendré, pues, más remedio que vivir en globo. Todo eso está escrito aquí, en mi dedo meñique… o en la palma de la mano; no recuerdo bien.
—Pero eso, indudablemente, es tentar a la Providencia, Gladys.
—Mi querida Duquesa, la Providencia en estos tiempos, seguramente es capaz de resistir la tentación. Estimo que todo el mundo debería hacerse leer las manos una vez al mes, con objeto de decidir lo que no debiera hacer. Claro está que se haría lo mismo, pero ¡es tan agradable saber lo que puede ocurrir! Ahora, si no va alguien inmediatamente en busca de Mr. Podgers habré de ir yo misma.
—Permítame que vaya yo, Lady Windermere —dijo un joven de elevada estatura y gran distinción, que se mantenía a su lado, escuchando la conversación con sonrisa regocijada.
—Muchas gracias, Lord Arthur, pero temo que no lo reconozca usted.
—Si es tan extraordinario como usted dice, Lady Windermere, no podré confundirle. Dígame usted cómo es y se lo traeré inmediatamente.

—Bueno, no tiene nada de quiromántico: quiero decir que no tiene aire misterioso, ni esotérico, ni romántico. Es un hombre bajito, gordo, con una calva muy cómica y grandes gafas de oro; algo entre el médico vulgar y un notario de pueblo. Yo lo siento mucho, pero no es culpa mía. ¡La gente es tan absurda! Todos mis pianistas tienen aire de poetas, y todos mis poetas facha de pianistas. Recuerdo que la primavera pasada invité a comer a un conspirador terrible; un hombre que había hecho volar con dinamita a innumerables personas, que llevaba siempre cota de malla y un puñal oculto, ¿querrán ustedes creer que, a pesar de todo, tenía un perfecto tipo de clérigo y se pasó la noche haciendo chistes? Verdad es que resultó muy divertido; pero yo me quedé horriblemente desilusionada y cuando le pregunté por la cota de malla se echó a reír y dijo que hacía demasiado frío en Inglaterra para usarla. ¡Pero, aquí está Mr. Podgers! Mr. Podgers, deseo que lea usted la mano de la Duquesa de Paisley. Duquesa, tiene usted que quitarse el guante; no, el de la mano izquierda no; el de la derecha.
—Querida Gladys, no sé si estará bien… —dijo la Duquesa, desabotonándose un guante de cabritilla un tanto sucio.
—Las cosas realmente interesantes nunca lo están —aseguró Lady Windermere—. *On a fait le monde ainsi*. Pero debo presentarles a ustedes: Mr. Podgers, mi quiromántico favorito; la Duquesa de Paisley. Como le diga usted que tiene el monte lunar más desarrollado que el mío, no le volveré a creer una palabra.
—Estoy segura de que no hay nada de eso en mi mano, querida Gladys —dijo la Duquesa gravemente.
—Tiene usted mucha razón, Duquesa —dijo Míster Podgers, echando una ojeada a su mano regordeta y corta—. El monte lunar no está desarrollado. La línea de vida, sin embargo, es excelente. Tenga la bondad de doblar la muñeca. Gracias. Tres líneas perfectamente visibles en la *rascette*. Vivirá usted muchos años, Duquesa, y será extraordinariamente feliz. Ambiciones… moderadas; la línea de la inteligencia, no muy exagerada; la línea del corazón…
—Vamos, sea usted indiscreto, Mr. Podgers —exclamó Lady Windermere.
—Nada me agradaría tanto —dijo Mr. Podgers, inclinándose—, si el carácter de la Duquesa me diera lugar a ello, pero siento tener que decirlo: veo una gran constancia afectiva, combinada con un fuerte sentimiento del deber.
—Continúe usted, Mr. Podgers —dijo la Duquesa, con aire de satisfacción.
—La economía no es una de sus virtudes, Duquesa —prosiguió Mr. Podgers, mientras Lady Windermere estallaba a carcajadas.
—La economía es una excelente cualidad —observó la Duquesa complacida—. Cuando me casé con Paisley, tenía once castillos y ni una sola casa habitable.
—Y ahora tiene doce casas y ni un solo castillo —exclamó Lady Windermere.
—Sí, querida —dijo la Duquesa—. A mí me gusta…

—La comodidad —prosiguió Mr. Podgers— y los adelantos modernos y el agua caliente en todos los dormitorios. La Duquesa está en lo cierto. La comodidad es lo único bueno que ha producido nuestra civilización.
—Ha definido usted admirablemente el carácter de la Duquesa, Mr. Podgers; ahora tiene usted que aclaramos el de Lady Flora —y, atendiendo a una señal amable de Lady Windermere, una muchacha alta, de cabellos rufos y muy subida de hombros, avanzó tímidamente y exhibió una larga mano huesuda, con dedos como espátulas.
—Una pianista, por lo que veo —dijo Mr. Podgers— una excelente pianista, pero muy poco música. Muy reservada, muy tímida y muy amante de los animales.
—¡Absolutamente cierto! —exclamó la Duquesa, volviéndose hacia Lady Windermere—. ¡Absolutamente! Tiene dos docenas de perros en Macloskie, y si su padre se lo permitiera, convertiría nuestra casa en una verdadera *menagerie*.
—Lo que yo hago de mi casa todos los martes por la noche —exclamó Lady Windermere, riendo—. Sólo que yo prefiero los leones[2] a los perros.
—Su única equivocación, Lady Windermere —dijo Mr. Podgers, haciendo una pomposa inclinación.
—Cuando una mujer no logra hacer encantadoras sus equivocaciones, no es sino una hembra —fue la respuesta—. Pero todavía tiene usted que leer algunas manos más. Venga usted, Sir Thomas, y muestre la suya a Mr. Podgers.
Y un anciano de aire afable se acercó y presentó una mano arrugada y fuerte, con el dedo medio más desarrollado.
—Carácter aventurero; cuatro largos viajes en el pasado y uno para el porvenir. Ha naufragado tres veces. No, sólo dos, pero correrá el riesgo de naufragar durante el próximo viaje. Muy conservador, muy puntual y con la pasión del coleccionismo. Tuvo una enfermedad grave entre los dieciséis y los dieciocho años. Heredó una fortuna a los treinta. Gran aversión por los gatos y por los radicales.
—Extraordinario —exclamó Sir Thomas—, tiene usted también que leer la mano de mi mujer.
—La de su segunda mujer —dijo Mr. Podgers gravemente, reteniendo aún entre las suyas la mano de Sir Thomas—, la de su segunda mujer. Con mucho gusto…
Pero Lady Marvel, una mujer de aire melancólico, cabellos oscuros y pestañas sentimentales, se negó rotundamente a que exhibieran ni su pasado ni su porvenir. Y por más que hizo Lady Windermere, no pudo convencer al Embajador ruso, Monsieur de Koloff, a que se despojara de sus guantes.
Mucha gente, en fin, pareció temer enfrentarse con aquel extraño hombrecillo, de sonrisa estereotipada y ojos brillantes como azabaches tras sus gafas de oro. Y cuando dijo a la pobre Lady Fermor, ante todo el mundo, que no le interesaba lo más mínimo la música, pero que era extremadamente aficionada a los músicos, fue opinión general que la quiromancia era una ciencia muy peligrosa y que no debía ser

fomentada, sino en *tête-á-tête*.
Sin embargo, Lord Arthur Savile, que ignoraba el lamentable incidente de Lady Fermor y que había estado observando a Mr. Podgers con gran interés, sintió una curiosidad irresistible de que le leyesen su mano; mas, sintiendo una cierta timidez, se dirigió hacia Lady Windermere y ruborizándose deliciosamente le preguntó si creía que Mr. Podgers tendría inconveniente en hacerlo.
—Naturalmente que no —repuso Lady Windermere—; para eso está aquí. Todos mis *leones* son los leones amaestrados, mi querido Lord Arthur, y saltan por el aro cuando yo lo mando. Pero debo advertirle a usted que le contaré a Sybil cuanto diga. Mañana, justamente, vendrá a comer conmigo para hablar de sombreros y si Mr. Podgers descubre que tiene usted mal carácter, propensión a la gota, o alguna entretenida en Bayswater, puede usted tener la seguridad de que la pondré al corriente de todo.
Lord Arthur sonrió e hizo una inclinación de cabeza.
—Nada temo —contestó—. Sybil me conoce tan bien como yo a ella.
—Lo lamento de veras. El principio fundamental del matrimonio es una mutua incomprensión. No; no es cinismo; es simplemente experiencia, que viene a ser lo mismo. Mr. Podgers, Lord Arthur está deseando que lea usted su mano. No le diga usted que tiene relaciones con una de las muchachas más bonitas de Londres, porque el anuncio de su boda lo ha dado ya el *Morning Post* hace más de un mes.
—Querida Lady Windermere —exclamó la Marquesa de Jedburgh—, permita usted que retenga a Míster Podgers un minuto más. Acaba de decirme que me debería dedicar a la escena y estoy interesadísima…
—Si le ha dicho a usted eso, Lady Jedburgh, no tendré más remedio que llevármelo. Venga usted aquí, Mr. Podgers, y lea la mano de Lord Arthur.
—Está bien —dijo Lady Jedburgh, haciendo un gesto de contrariedad y levantándose del sofá—, si no se me permite salir a escena, por lo menos me dejarán formar parte del auditorio.
—No faltaba más; todos asistiremos a la representación —dijo Lady Windermere—. Y ahora, Mr. Podgers, serénese usted y díganos algo agradable. Lord Arthur es uno de mis favoritos predilectos.
Pero apenas hubo Mr. Podgers examinado la mano de Lord Arthur, palideció extrañamente y quedó mudo. Un estremecimiento pareció recorrer su cuerpo; sus tupidas cejas se contrajeron convulsivamente de una manera irritante y extraña, habitual en él, cuando se sentía desconcertado. Luego, algunas gruesas gotas de sudor se deslizaron por su frente amarillenta, semejantes a rocío emponzoñado, y sus manos cortas y abultadas quedáronse heladas y viscosas.
Lord Arthur no dejó de observar tan extraños síntomas de agitación y, por primera vez en su vida, se sintió atemorizado. Su primer impulso fue salir precipitadamente

fuera del salón, pero se contuvo. Era preferible conocer la verdad, por terrible que fuese, a quedar en tan penosa incertidumbre.
—Estoy esperando, Mr. Podgers —dijo.
—Todos esperamos —exclamó Lady Windermere con su habitual vivacidad; pero el quiromántico no respondió.
—Temo que Lord Arthur esté también a punto de dedicarse a la escena —dijo Lady Jedburgh—; y después de la rociada, Mr. Podgers no se atreve ya a declararlo.
De pronto, Mr. Podgers abandonó la mano derecha de Lord Arthur, se apoderó de la izquierda e inclinóse tanto para examinarla que sus gafas de oro parecían rozar la palma de la mano. Por un momento, su rostro se convirtió en una máscara lívida de terror; mas pronto recobró la sangre fría y mirando a Lady Windermere, dijo con forzada sonrisa:
—Es la mano de un muchacho encantador.
—Naturalmente —replicó Lady Windermere—. Pero ¿será también un marido encantador? Es lo que necesito saber.
—Todos los muchachos encantadores lo son —dijo Mr. Podgers.
—No creo que un marido deba ser demasiado seductor —murmuró Lady Jedburgh con aire pensativo—. ¡Es tan peligroso!
—Nunca lo son demasiado, querida mía —exclamó Lady Windermere—. Pero lo que necesitamos son detalles. Lo interesante son los detalles. Veamos, ¿qué le va a suceder a Lord Arthur?
—Pues, dentro de algunos meses, Lord Arthur emprenderá un viaje…
—Naturalmente, el de su luna de miel.
—Y perderá un pariente.
—¡No será su hermana! —dijo Lady Jedburgh en tono plañidero.
—Desde luego que no —contestó Mr. Podgers—, un pariente lejano, simplemente.
—Bueno, he quedado horriblemente desilusionada —dijo Lady Windermere—. No podré contar absolutamente nada a Sybil mañana. Porque, hoy día, nadie se preocupa ya de los parientes lejanos. Hace muchos años que pasaron de moda. No obstante, creo que debería encargarse un vestido de seda negro; siempre está bien para ir a la iglesia. Y ahora, vamos a cenar. Seguramente han acabado con todo, pero aún podremos encontrar una taza de consomé caliente. François solía hacer en otros tiempos un caldo exquisito, pero ahora está tan preocupado con la política, que nunca me siento segura de él. ¡Pluguiera al cielo que el general Boulanger se estuviese quieto! Duquesa, estoy segura de que se siente usted fatigada.
—En absoluto, querida Gladys —repuso la Duquesa, dirigiéndose hacia la puerta con ritmo de pato—, me he divertido extraordinariamente; su pedicuro… quiero decir, su quiromántico, es muy interesante. Flora, ¿dónde podrá estar mi abanico de concha? ¡Ah!, gracias Sir Thomas, muchas gracias. ¿Y mi chal de encaje, Flora? Ah, mil

gracias, Sir Thomas; muy amable.
Y la afortunada criatura acabó de bajar la escalera cayéndosele apenas dos o tres veces su pomo de esencia y sin tener que lamentar ningún otro pequeño percance.
Mientras tanto, Lord Arthur permaneció en pie junto a la chimenea, dominado por el mismo sentimiento de terror, por el mismo malestar que le produjera la sorpresa de que iba a sucederle algo grave. Sonrió tristemente a su hermana cuando pasó al lado suyo del brazo de Lord Plymdale, encantadora en su traje de brocado color de rosa y sus perlas, y apenas oyó a Lady Windermere cuando le invitó a seguirla. Pensaba en Sybil Merton; y a la idea de que algo pudiera interponerse entre ambos, se le llenaron los ojos de lágrimas.
Al verle, se hubiera dicho que Némesis, robándole el escudo a Atenea, le había mostrado la cabeza de la Gorgona. Parecía petrificado y su rostro daba la sensación de mármol en su melancolía. Había vivido la vida de lujo y refinamientos que corresponde a un joven de alcurnia y de fortuna; una vida exquisita, sin sórdidas inquietudes, de una despreocupación y una puerilidad deliciosas. Pero en aquel momento, por primera vez, tenía conciencia del terrible misterio del Destino, del tremendo sentido de la Fatalidad.
¡Cuán insensato y monstruoso le parecía todo esto! ¿Era posible que estuviera escrito en su mano, en caracteres que él no podía descifrar, pero que a otro le era dado leer, algún terrible secreto infamante, alguna marca sangrienta y criminal? ¿Estaría perdido irremisiblemente? ¿Seríamos, en realidad, simples peones de ajedrez, movidos por un poder invisible, o vasijas modeladas caprichosamente para honra o descrédito?
Su inteligencia se rebelaba contra esta idea; sin embargo, sentía algo trágico suspendido sobre su cabeza y que inesperadamente había sido llamado para soportar una carga intolerable. ¡Qué felices los actores! Pueden escoger entre la representación de la tragedia o la comedia, entre sufrir o alegrarse, entre llorar o reír. Pero en la vida real es muy distinto. La mayoría de los hombres y las mujeres se ven obligados a representar papeles para los que no estaban llamados. Nuestros Guildensterns interpretan Hamlet, y nuestros Hamlets quieren chancear como el Príncipe Hal. El mundo es un inmenso escenario, pero la obra está muy mal distribuida.
De pronto, Mr. Podgers entró en la habitación. Al ver a Lord Arthur se estremeció y su rostro, adiposo y vulgar, tornóse amarillo verdoso. Los ojos de ambos se encontraron y durante unos instantes reinó un profundo silencio.
—La Duquesa ha olvidado aquí uno de sus guantes y me ha rogado que se lo lleve —dijo al fin Mr. Podgers—. ¡Ah, ahí lo veo! En el sofá. Buenas noches.
—Mr. Podgers, le mego a usted de nuevo que me conteste categóricamente a la pregunta que voy a hacerle.
—Más tarde, Lord Arthur, la Duquesa está esperándome. No tengo más remedio que

irme.
—No se irá usted. La Duquesa no tiene prisa.
—No se debe hacer esperar a las señoras, Lord Arthur —dijo Mr. Podgers, sonriendo embarazosamente—. El bello sexo es muy impaciente. Los labios finamente dibujados de Lord Arthur se plegaron en un gesto desdeñoso. La pobre Duquesa le parecía muy poca cosa en aquel momento. Atravesó el salón y cuando hubo llegado junto a Mr. Podgers, le tendió de nuevo la palma de su mano derecha.
—¡Dígame lo que ha visto aquí! ¡Dígame la verdad! Necesito saberla. No soy ningún niño.
Los ojos de Mr. Podgers parpadearon tras sus gafas de oro y un estremecimiento de inquietud recorrió su cuerpo, mientras sus dedos jugueteaban nerviosamente con la relumbrante cadena de su reloj.
—¿Qué le hace a usted sospechar, Lord Arthur, que haya visto en su mano algo más de lo que le he dicho?
—Me consta, y deseo me diga la verdad. Le pagaré a usted. Le daré un cheque de cien libras. Los ojuelos verdes de Mr. Podgers relampaguearon un momento, tomándose inmediatamente opacos.
—¿Cien guineas? —dijo al fin Mr. Podgers, en voz queda.
—Como usted quiera. Mañana mismo le enviaré el cheque. ¿De qué club es usted?
—No soy de ningún club. Por el momento, quiero decir. Mi dirección es… Pero, permítame usted que le ofrezca mi tarjeta.
Y sacando del bolsillo del chaleco una tarjeta de cortes dorados, se la alargó con una profunda reverencia y Lord Arthur leyó lo siguiente:

Mr. Septimus R. Podgers
Quiromántico Profesional
103ª West Moon Street

—Mis horas son de diez a cuatro —murmuró Míster Podgers mecánicamente— y tengo precios especiales para familias.
—Dése usted prisa —le interrumpió Lord Arthur poniéndose pálido y tendiéndole de nuevo la palma de la mano.
Mr. Podgers miró nerviosamente a su alrededor y corrió la cortina sobre la puerta.
—Necesito cierto tiempo, Lord Arthur. Debería usted sentarse.
—Dése usted prisa —exclamó Lord Arthur de nuevo, golpeando coléricamente con el pie sobre el bruñido suelo.
Mr. Podgers sonrió y sacando del bolsillo una lupa diminuta, la limpió con el pañuelo cuidadosamente.

—¡Listo, veamos! A sus órdenes —dijo.

II

Diez minutos más tarde, con el rostro lívido de terror y los ojos henchidos de tristeza, salía precipitadamente Lord Arthur de Bentinck House, abriéndose paso por entre la turba de lacayos cubiertos de pieles y estacionados bajo la marquesina, inconscientes de cuanto les rodeaba. La noche era horriblemente fría y las luces de los faroles que circundaban la plaza vacilaban agitadas por el viento; pero las manos de Lord Arthur ardían de fiebre y su frente era como de fuego.

Siguió adelante, caminando como un hombre ebrio. Un *policeman* le miró con curiosidad al pasar y un mendigo que se destacó de una arcada pidiendo limosna, retrocedió espantado ante aquel dolor que superaba al suyo. Un momento se detuvo bajo un farol y se miró las manos. Creyó descubrir ya sobre ellas la mancha de sangre delatora y un grito apagado salió de sus labios trémulos.

¡Asesino! Es la palabra que el quiromántico había visto escrita sobre ellas. ¡Asesino! La noche misma parecía estar en el secreto y como si el viento, desolado, se lo aullara en los oídos. Los rincones oscuros parecían formular la acusación y los tejados de las casas como si hicieran muecas macabras.

Llegó primeramente al Parque, cuya arboleda sombría parecía fascinarle. Se inclinó cansadamente sobre la verja, refrescando su frente contra el metal húmedo y escuchando el silencio rumoroso de los árboles.

¡Asesino! ¡Asesino!, repitióse, como si la reiteración pudiera atenuar el horror de la palabra. El sonido de su propia voz le hizo estremecerse; y, sin embargo, casi tuvo esperanzas de que el eco pudiera oírle y despertara la ciudad sumida en sus sueños. Sintió un deseo insensato de detener al primer transeúnte y contárselo todo. Al cabo de un instante prosiguió su camino, vagando por las callejuelas estrechas y vergonzantes que arrancan de Oxford Street.

Dos mujeres, de rostros pintados, se mofaron de él al pasar. De un patio oscuro, llegaron hasta él rumores de golpes y blasfemias, seguidos de agudos gritos, y amontonados bajo un pórtico carcomido de humedad vio los cuerpos encorvados de la pobreza y la vejez. Una extraña piedad se apoderó de él.

¿Estarían fatalmente predestinados como él aquellos hijos del pecado y la miseria?

¿Serían, como él, simples polichinelas de un guiñol monstruoso?
Y, sin embargo, no fue el misterio lo que le hirió, sino la comedia del sufrimiento; su inutilidad absoluta, su grotesca carencia de significación. ¡Cuán incoherente le parecía todo ello! ¡Cuán desprovisto de armonía! Sentíase estupefacto ante el desacuerdo que ofrece el vacuo optimismo de nuestros días y las realidades de la existencia. Aún era muy joven.
Momentos después, se encontraba ante la Iglesia de Marylebone. El camino, silencioso, daba la sensación de una interminable cinta de plata bruñida, salpicada a trechos por los oscuros arabescos de las sombras vacilantes.
Allá, en la lejanía, formaban curva las luces de los faroles y, ante una casita rodeada de tapias, aguardaba un fiacre solitario, en cuyo interior dormitaba el cochero. Lord Arthur caminó rápidamente en dirección de Portland Place y miraba de vez en cuando a su alrededor, como si recelara que le siguiesen. Al doblar la esquina de Rich Street, se encontró con dos hombres parados, que leían un cartel pegado sobre la valla. Una extraña curiosidad se apoderó de él y atravesó nuevamente la calle en dirección a ellos. Cuando se hubo aproximado, la palabra «Asesino», impresa en negros caracteres, hirió sus ojos. Sintió estremecerse y una oleada de sangre sonrojó sus mejillas. Era un anuncio ofreciendo recompensar a quien diese noticias que permitiesen descubrir a un hombre de estatura media, entre los treinta y los cuarenta años, vestido con chaqueta negra, pantalones escoceses y sombrero blanco y con una cicatriz en el carrillo derecho. Lord Arthur leyó y releyó el anuncio, preguntándose si sería detenido el desgraciado y cuál podría ser el origen de aquella herida. ¡Quién sabe si algún día también era anunciado su nombre en los muros de Londres! ¡Quién sabe si algún día también era puesta a precio su cabeza!
A esta idea palideció de terror, y, girando sobre sus talones, apresuró el paso en la noche.
No hubiera podido decir dónde se dirigía. Tenía un vago recuerdo de haber vagado a través de un laberinto de sórdidas construcciones, de haberse extraviado en una red gigantesca de calles sombrías y ya apuntaba la aurora, cuando al fin se encontró en Picadilly Circus. Pocos minutos después, según caminaba hacia Belgrave Square, se encontró con los grandes carromatos que se dirigían hacia el mercado de Covent Garden. Los carreteros con sus blusas blancas, los rostros bronceados por el sol y sus recios cabellos ondulados, avanzaban con paso vigoroso, restallando los látigos y llamándose de vez en cuando los unos a los otros. Sobre un caballo gris gigantesco, que guiaba a todos los demás, iba un rapaz regordete, con un ramo de prímulas en su ajado sombrero. Iba asido fuertemente a las crines con sus manecitas y reía a carcajadas; aquellas inmensas pirámides de verdura semejaban cúmulos de jade sobre el cielo de la mañana, cúmulos de verde jade sobre los pétalos rosados de alguna flor maravillosa. Lord Arthur se sintió extrañamente conmovido, sin poder decir por qué.

Había algo en la delicada belleza de la aurora, que le emocionaba inefablemente y pensó en todos los días que nacen en la belleza y mueren en la borrasca. ¡Qué Londres tan sorprendente conocían aquellos campesinos de voces alegres y rudas, de andar cadencioso! ¡Un Londres exento de los pecados nocturnos y de los humos del día; un Londres pálido y algo espectral, semejante a una desolada ciudad de tumbas! Hubiera deseado saber qué sensación despertaba en ellos; si conocían algo de su esplendor y de su vergüenza; de sus irisados placeres y de su hambre pavorosa, de todo lo que brota y se marchita desde la mañana hasta la noche. Probablemente, no era para ellos sino el mercado adonde traían a vender sus frutos y donde a lo sumo se detenían algunas horas, abandonándolo cuando aún las calles continuaban silenciosas y las casas aún dormidas. Complacióse en verlos desfilar uno tras otro.

No obstante su rudeza, sus zapatones ferrados y su torpe andar, traían consigo un no sé qué de arcádico. Le daban la sensación de haber vivido con la Naturaleza y de haber aprendido de ella la paz. Y les envidió la ignorancia en que vivían.

Cuando llegó a Belgrave Square, en el cielo apuntaba un azul indeciso y los pájaros comenzaban a piar en los jardines.

III

Cuando despertó Lord Arthur, eran ya las doce y el sol del mediodía se filtraba en su alcoba a través de las cortinas de seda marfileña. Levantándose, se asomó a la ventana. Una niebla profunda caía sobre la ciudad y los tejados eran como de plata empañada. Y abajo, sobre el césped fluctuante de la plaza, unos niños jugaban semejantes a blancas mariposas que revolotearan; las aceras desbordaban de gente que caminaba hacia el parque. Nunca le pareció la vida tan hermosa ni tan remota la maldad.

En aquel momento su ayuda de cámara le entró en una bandeja una taza de chocolate. Cuando la hubo bebido, descorrió una pesada cortina de felpa color albérchigo y pasó al cuarto de baño. La luz caía suavemente del techo, a través de las sutiles placas de ónix y el agua de la pila de mármol relumbraba como una piedra lunar. Sumergióse rápidamente, hasta que el agua le hubo llegado a la garganta y los cabellos; y entonces, hundió la cabeza de improviso, como si hubiera deseado de este modo borrar el estigma de un recuerdo vergonzoso. Cuando salió del baño sintióse casi

tranquilizado. El bienestar físico del momento predominaba, como acontece con frecuencia en las naturalezas refinadas; porque los sentidos, como el fuego, pueden lo mismo purificar que destruir.
Después del almuerzo, se echó sobre el diván y encendió un cigarrillo. Sobre la repisa de la chimenea, en un delicioso marco de brocado antiguo, había un retrato de Sybil Merton, tal como la había conocido en el baile de Lady Noel. La cabeza menuda, de un delicioso modelado, inclinada ligeramente como si el cuello frágil no pudiera soportar el peso de tanta belleza; los labios, ligeramente entreabiertos, parecían hechos para la más dulce música; y toda la pureza y ternura de la virginidad se asomaba a los ojos soñadores. Con su traje de *crêpe de chine* flexible y suave y el ancho abanico en forma de hoja, parecía una de aquellas delicadas figulinas halladas por los hombres en los olivares vecinos de Tanagra; y había en sus actitudes algo de la gracia helénica. No era, sin embargo, *petite*. Era, simplemente, bien proporcionada; cosa rara en una época en que las mujeres son insignificantes, o de un tamaño más que natural.
La contemplaba Lord Arthur en aquel momento y sintióse invadido por esa terrible piedad que nace del amor. Sintió que casarse con ella, estando tan terriblemente predestinado, sería una traición semejante a la de Judas; un crimen peor que cuantos pudo soñar un Borgia. ¿Qué felicidad podría haber para ellos, cuando en el momento menos pensado podía ser requerido para cumplir la terrible profecía escrita en su mano? ¿Qué clase de vida sería la suya, mientras el Destino mantuviese en su balanza tan terrible mandato? Se imponía retrasar el matrimonio a toda costa, y estaba absolutamente decidido a ello. Amaba ardientemente a Sybil y el simple contacto de sus dedos, cuando estaban sentados el uno junto al otro, comunicaba una vibración de goce exquisito a todas las fibras de su cuerpo; mas no por eso sentía menos claramente cuál era su deber y tenía plena conciencia de lo ilícito del casamiento mientras no hubiese cometido el crimen. Una vez consumado, podía presentarse ante el altar con Sybil Merton y consagrarla su vida sin que le remordiera la conciencia. Una vez consumado, podía estrecharla entre sus brazos, en la seguridad de que jamás tendría que sonrojarse ni avergonzarse de él. Mas, antes, era preciso consumarlo; y cuanto más pronto, mejor para ambos.
En su situación, la mayoría de los hombres hubiera preferido la senda florida del amor a la escarpada pendiente del deber; pero Lord Arthur era demasiado consciente para anteponer a sus principios el placer. No era su amor un simple deseo de los sentidos; Sybil simbolizaba para él toda la bondad y toda la nobleza de este mundo. Por un momento, sintió una natural repugnancia a realizar su destino; mas pronto pasó. Su corazón le decía que más que un crimen sería un sacrificio; su entendimiento le permitía comprender que no tenía otro recurso. Había que escoger entre vivir egoístamente o vivir para los demás y, por muy terrible que fuera su predestinación,

no podía permitir que triunfase el egoísmo sobre el amor. Más tarde o más temprano, todos nos encontramos ante el mismo dilema, todos hemos de responder a la misma pregunta. A Lord Arthur se le había presentado tempranamente en la vida, antes de que su naturaleza se hubiera corrompido por el cinismo calculador de la edad madura, o su corazón se hubiese intoxicado con ese vacuo egotismo tan a la moda en nuestros días; no vaciló un momento en cumplir su deber. Afortunadamente para él, no era un simple soñador ni un *dilettante* ocioso. Si lo hubiese sido, habría dudado como Hamlet y su irresolución hubiera malogrado sus propósitos. Pero era esencialmente práctico. La vida para él significaba acción, más que pensamiento. Poseía el más raro de los sentidos, que es el sentido común.

Las violentas y crueles sensaciones del día anterior se habían disipado por completo en aquel momento y recordaba casi con vergüenza su insensato vagar por las calles, su terrible y emocionante agonía. La misma sinceridad de su dolor le empujaba a un plano de irrealidad en él. Le extrañaba cómo podía haber sido insensato hasta el punto de desvariar y delirar sobre lo inevitable. Y ahora, lo único que parecía preocuparle era la víctima; porque su ceguera no llegaba hasta el punto de olvidar que el asesinato, como las religiones del mundo pagano, requiere un sacerdote y una víctima. Lord Arthur no era un genio y, por tanto, no tenía enemigos; además, comprendía que no era el momento de satisfacer rencores personales, por ser de grave y enorme solemnidad la misión que le incumbía. Hizo, en consecuencia, una lista de todos sus amigos y parientes y tras minuciosas consideraciones, tomó decisión en favor de Lady Clementina Beauchamp, una anciana y encantadora señora que vivía en Curzon Street, prima suya en segundo grado por parte de madre. Siempre había sentido un profundo afecto por Lady Clem, como todo el mundo la llamaba, y como Lord Arthur era ya muy rico, por haber heredado, cuando llegó a su mayor edad, toda la fortuna de Lord Rugby, no había posibilidad de que se derivasen sospechas en el sentido de ventajas pecuniarias. En fin, que cuanto más lo pensaba, más se daba cuenta de que Lady Clem era la persona que necesitaba y comprendiendo que toda vacilación sería una deslealtad con Sybil, decidió organizar las cosas sin pérdida de tiempo.

Primero, naturalmente, había que liquidar con el quiromántico. Sentóse, pues, ante su mesa de despacho, junto a la ventana, y extendió un cheque de 105 libras, pagadero a la orden de Mr. Septimus Podgers; y después de meterlo en un sobre, ordenó a su lacayo que lo llevara a West Moon Street. Luego telefoneó a la cochera, pidió su cabriolé y se vistió para salir. A punto de hacerlo, miró de nuevo el retrato de Sybil Merton y juró que, sucediera lo que sucediera, le ocultaría siempre su abnegación y todo lo que estaba haciendo por ella.

Camino del Buckingham Club, entró en una tienda de flores y envió a Sybil una preciosa cesta de narcisos blancos. Cuando hubo llegado, se fue derecho a la

biblioteca, tocó el timbre y ordenó al camarero que le trajera un limón con soda y un tratado de Toxicología. Se había decidido por el veneno, sintiendo que era el mejor medio para terminar con tan enojoso asunto. Todo lo que significase violencia personal le desagradaba profundamente y, además, no quería asesinar a Lady Clementina de manera que su muerte atrajera la atención pública, porque le horrorizaba la idea de que su nombre figurase en las crónicas mundanas de los vulgares periódicos de sociedad. También tenía que pensar en los padres de Sybil, que era gente algo anticuada, y podía oponerse al matrimonio si se producía el menor escándalo; aunque tenía la certeza de que si les ponía en antecedentes, serían los primeros en aprobar su comportamiento. Tenía, pues, sobrados motivos para decidirse por el veneno. Era un procedimiento sencillo y seguro, y evitaba toda probabilidad de escenas dolorosas, por las que, como la mayoría de los ingleses, sentía una profunda aversión.

De la ciencia de los venenos, sin embargo, no tenía la menor noción, y como el mozo parecía incapaz de encontrar en la biblioteca lo que no fuera la *Guía Ruffy* el *Bailey's Magazine*, él mismo recorrió cuidadosamente con la mirada los estantes, y acabó por encontrar una edición de la *Farmacopea*, magníficamente encuadernada, y un ejemplar de la *Toxicología* de Erskine, editada por Sir Matthew Reid, Presidente del Real Colegio de Médicos, y uno de los miembros más antiguos del Ruckingham Club, donde fue elegido por equivocación; contratiempo que irritó de tal manera a la Junta que, cuando el verdadero candidato se presentó, votó en contra suya unánimemente. Lord Arthur quedó bastante desconcertado por los términos técnicos que se empleaban en ambos libros y empezaba a lamentar no haber prestado en Oxford mayor atención a los clásicos, cuando en el tomo segundo de Erskine, halló una completa e interesantísima descripción de las propiedades de la aconitina, en un inglés transparente y purísimo; era aquél, precisamente, el veneno que necesitaba; rápido, de efecto casi inmediato, no producía el menor dolor, e ingerido bajo la forma de cápsula gelatinosa, según recomendaba Sir Matthew, carecía de sabor en absoluto. Anotó, en consecuencia, sobre el puño de la camisa la cantidad necesaria para una dosis fatal, reintegró los libros a sus estantes respectivos y se dirigió a St. James's Street a casa de los eminentes farmacéuticos *Pestle and Humbey*. Mr. Pestle, que servía personalmente a su aristocracia, quedó bastante sorprendido ante la demanda, y, en un tono muy deferente, murmuró algo así como que era necesaria una receta facultativa. Sin embargo, en cuanto Lord Arthur le hubo explicado que lo necesitaba para un gran mastín noruego, del que se veía precisado a desembarazarse por presentar manifestaciones de rabia incipiente y haber mordido ya dos veces al cochero en la pantorrilla, demostró quedar perfectamente satisfecho, felicitó a Lord Arthur por su singular conocimiento de la Toxicología y ejecutó la prescripción inmediatamente.

Lord Arthur puso la cápsula en una preciosa bombonera de plata, que había comprado en una tienda de Bond-Street, arrojó la cajita que le facilitaron en el almacén de *Pestle and Humbey* y se dirigió inmediatamente al domicilio de Lady Clementina.

—Muy bien, *Monsieur le mauvais sujet* —exclamó la anciana señora, cuando hubo franqueado la puerta del salón—. ¿Por qué razón no ha venido usted a verme durante tanto tiempo?

—Mi querida Lady Clem, nunca dispongo de un instante libre —se disculpó Lord Arthur, sonriendo.

—¿Supongo, querrás decir, que te pasas el día al lado de Miss Sybil Merton, comprando *chiffons* y diciendo tonterías? Nunca he logrado comprender por qué la gente mete tanto ruido para casarse. En mis tiempos, nunca nos hubiéramos atrevido a hacer tanta ostentación pública y privada de cosas tan triviales.

—Le aseguro a usted que no he visto a Sybil desde hace veinticuatro horas, Lady Clem. A lo que parece, está en manos de las modistas.

—¡Naturalmente! Sólo así se explica que vengas a ver a una pobre vieja como yo. Nunca me he explicado por qué los hombres no escarmientan en cabeza ajena. *On a fait des folies pour moi*, y aquí me tienes, hecha una desdichada reumática, con pelo postizo y un genio de todos los demonios. Y si no fuera por esa querida Lady Jansen, que me envía las novelas francesas más detestables que puede encontrar, no sé cómo me las arreglaría para pasar el tiempo. Los médicos no sirven para nada, como no sea para cobrar sus honorarios. Ni mi acedía son capaces de curar.

—Le traigo a usted un remedio para ello, Lady Clem —dijo Lord Arthur gravemente —. Es un específico maravilloso, inventado por un americano.

—No me han gustado nunca los inventos americanos, Arthur. Estoy segura de ello. He leído últimamente algunas novelas americanas y me han parecido absolutamente estúpidas.

—¡Ah!, la cosa es muy distinta; este específico se lo garantizo a usted, Lady Clem. Le aseguro que es un remedio infalible. Pero ha de prometerme usted que lo probará.

Y Lord Arthur sacó la bombonera del bolsillo y entrególa a Lady Clementina.

—¡Qué bombonera tan deliciosa, Arthur! ¡Pero si es una verdadera joya! ¡Eres verdaderamente amable! ¿Y es éste ese maravilloso específico? Parece un bombón. Me lo voy a tomar ahora mismo.

—¡Santo cielo, Lady Clem! —exclamó Lord Arthur deteniéndola—. ¡No haga usted tal! Es un remedio homeopático y si lo toma usted sin experimentar dolores, puede causarle graves perjuicios. Debe usted esperar a que surja un ataque; entonces, lo tomará. Quedará usted sorprendida de los resultados.

—Hubiera preferido tomarlo inmediatamente —dijo Lady Clementina, mirando al trasluz la cápsula transparente, con su burbuja flotante de aconitina—. Estoy segura

de que es delicioso. La verdad es que odio a los médicos; pero adoro las medicinas. No obstante, lo reservaré para mi próximo ataque.
—Y, ¿cuándo tendrá lugar? —preguntó Lord Arthur con ansiedad—. ¿Será pronto?
—No creo que tarde más de una semana. Pasé ayer muy mala mañana; pero nunca se sabe a punto fijo.
—Entonces, ¿está usted segura de que sobrevendrá antes de fin de mes, Lady Clem?
—Mucho lo temo. ¡Pero qué simpático estás hoy, Arthur! La verdad es que Sybil ha influido en ti beneficiosamente. Y ahora, es preciso que me dejes. He de cenar con unas cuantas personas necias, que sólo hablan de los sucesos escandalosos y tengo la seguridad de que si no echo un sueñecito antes, me quedaré dormida durante la cena. Adiós, Arthur, mis más cariñosos saludos a Sybil y muchísimas gracias por tu específico americano.
—¿No se olvidará usted de tomarlo, verdad, Lady Clem? —insistió Lord Arthur, levantándose.
—¡Naturalmente que no, tonto! Eres verdaderamente amable en preocuparte tanto por mí. Ya te escribiré si necesito algo más.
Lord Arthur salió de la casa satisfechísimo, sintiéndose muy reconfortado.
Aquella noche tuvo una entrevista con Sybil Merton. Le explicó que se había encontrado de improviso en una situación terriblemente difícil, ante la cual ni el honor ni el deber le permitían retroceder. Le explicó que era preciso retrasar el matrimonio por el momento pues, hasta que no lograra salir de aquel enredo, carecería en absoluto de libertad. Le suplicó que confiara en él y que no dudara del porvenir. Todo se arreglaría, pero era preciso tener paciencia.
La escena tenía lugar en el invernadero de la morada de Mr. Merton, en Lane Park, donde Lord Arthur había comido como de costumbre. Sybil nunca había parecido tan feliz, y por un momento, Lord Arthur sintió tentaciones de escribir a Lady Clementina y revelarle el secreto de la píldora, traicionándose, y sin más ir al matrimonio, como si no existiera en el mundo la persona de Mr. Podgers. No obstante, pronto reaccionó su buen natural y no desfalleció, ni cuando Sybil se arrojó en sus brazos llorando. La belleza que hizo vibrar sus sentidos, despertó también su conciencia. Comprendió que arruinar una vida tan hermosa como la suya por anticiparse unos meses de felicidad hubiera sido algo muy censurable.
Permaneció junto a Sybil hasta cerca de media noche, confortándola y siendo confortado a su vez. Y a la mañana siguiente, muy temprano, partió para Venecia, después de haber escrito a Mr. Merton una carta varonil y decisiva con respecto a la necesidad de aplazar la boda.

IV

En Venecia se encontró con su hermano Lord Surbiton, que casualmente acababa de llegar de Corfú en su yate. Pasaron reunidos un par de semanas deliciosas. Durante la mañana paseaban a caballo por el Lido, o se deslizaban a lo largo de los verdes canales en su góndola negra; por la tarde, habitualmente recibían visitas en el yate y por la noche comían en el *Florian* y paseaban por la *Piazza* fumando cigarro tras cigarro. Con todo, Lord Arthur no era feliz. Todos los días leía minuciosamente la lista de defunciones del *Times*, esperando la noticia del fallecimiento de Lady Clementina; y todos los días sufría la misma decepción. Comenzó a temer algún accidente y se arrepentía con frecuencia de haber detenido a Lady Clem cuando decidió experimentar los efectos de su medicina. Además, las cartas de Sybil, aunque desbordantes de amor y confianza, llegaban a veces llenas de tristeza y, en ocasiones, le parecía haberse separado de ella para siempre.

Al cabo de dos semanas, Lord Surbiton estaba hastiado de Venecia, y decidió recorrer la costa hasta Ravenna. Lord Arthur, al principio, se negó rotundamente a acompañarle; pero Surbiton, a quien quería extraordinariamente, acabó por persuadirle de que si continuaba en el Hotel Danielli, acabaría por fallecer de aburrimiento, y la mañana del día 15 se hicieron a la mar, que estaba bastante picada, con un fuerte viento nordeste. La travesía fue excelente y el aire libre y puro del mar reintegró sus colores a las mejillas de Lord Arthur, pero hacia el día 22, se apoderó de él nuevamente la preocupación de Lady Clementina y a pesar de las protestas de Surbiton, regresó en tren a Venecia.

Cuando saltó de la góndola, según subía las escaleras, el propietario del Hotel se adelantó hacia él con un telegrama en la mano. Lord Arthur se lo arrebató, apresurándose a abrirlo. ¡Al fin, se habían realizado sus deseos: Lady Clementina había fallecido casi repentinamente la noche del día 17!

Su primer pensamiento fue para Sybil, a quien puso un telegrama, anunciándole su inmediato regreso a Londres. Luego ordenó a su ayuda de cámara que hiciera el equipaje para el rápido de la noche. Remuneró con esplendidez a su gondolero y se dirigió hacia sus habitaciones precipitadamente, desbordando de júbilo el corazón. Le esperaban tres cartas: una de Sybil, llena de sentimientos tiernos y compasivos; otra de su madre y la tercera del notario de Lady Clementina. Parecía ser que la anciana señora había cenado con la Duquesa aquella misma noche, deleitando a todo el mundo con su *esprit* y sus agudezas y se había retirado algo temprano, quejándose del estómago. A la mañana siguiente, fue hallada muerta en su lecho sin apariencias de haber sufrido. Como es natural, se avisó inmediatamente a Sir Matthew-Reid. Pero ya nada se podía hacer y el día 22 fue enterrada en Beauchamp Chalcote. Algunos días antes de morir había hecho testamento, legando a Lord Arthur su casita de Curzon

Street y todo el mobiliario, sus efectos personales y todos sus cuadros, exceptuando la colección de miniaturas, que dejaba a su hermana Lady Margaret Rufford, y su collar de amatistas, destinado a Sybil Merton. El inmueble no era un gran valor, pero el notario Míster Mansfield ansiaba que Lord Arthur regresase inmediatamente, de ser posible, pues era preciso pagar una porción de facturas, ya que Lady Clementina nunca había tenido sus cuentas en orden.

Lord Arthur se sintió muy conmovido por el amable recuerdo de Lady Clementina, y pensó que Mr. Podgers había contraído una grave responsabilidad en este asunto. Su amor por Sybil, sin embargo, ahogó toda otra emoción, y la conciencia de haber cumplido con su deber le serenó y confortó. Al llegar a Charing Cross sentíase ya absolutamente feliz.

Los Merton le acogieron muy afectuosamente. Sybil exigió le prometiera que no permitiría que ningún nuevo obstáculo se interpusiera entre ellos y decidióse que la boda se celebraría el 7 de junio. La vida le pareció nuevamente luminosa y deslumbrante y toda su alegría de antes volvió a él de nuevo.

Un día, sin embargo, recorriendo la casita de Curzon Street, en compañía del procurador de Lady Clementina y de Sybil, mientras quemaba cartas viejas y desechaba antiguallas inútiles, de pronto Sybil lanzó un grito de alegría.

—¿Qué has encontrado, Sybil? —preguntó Lord Arthur, mirándola y sonriendo.

—¡Fíjate que bombonera tan deliciosa, Arthur! ¡Qué cosa tan deliciosa! ¡Parece holandesa! ¿Me la regalas? Las amatistas no me sentarán bien hasta que no haya cumplido los ochenta.

Era la cajita que contuviera la aconitina.

Lord Arthur se estremeció y un ligero rubor acudió a sus mejillas. Casi había llegado a olvidarse del incidente y le parecía una coincidencia singular que Sybil, por amor a la cual había vivido en tan terrible ansiedad, fuera la primera en recordárselo.

—¡Por supuesto, Sybil! Yo mismo se la regalé a Lady Clem.

—Gracias, Arthur. Y este bombón, ¿me lo das también? Ignoraba que Lady Clem fuera aficionada a las golosinas. La creía demasiado intelectual.

Lord Arthur se puso terriblemente pálido; una idea terrible cruzó por su imaginación.

—¿Un bombón, Sybil? ¿Qué quieres decir? —interrogó penosamente con voz ronca.

—Uno que hay aquí dentro. Parece viejo; está todo polvoriento; y la verdad es que no tengo la menor intención de comérmelo. Pero, ¿qué te pasa, Arthur? Estás muy pálido.

Lord Arthur atravesó de un salto la habitación y se apoderó de la cajita. En su interior estaba la cápsula ambarina, con la burbuja ponzoñosa. ¡Lady Clementina había muerto de muerte natural!

La sacudida que le ocasionó este descubrimiento era superior a sus fuerzas. Arrojó la cápsula al fuego y se dejó caer sobre el sofá, lanzando un grito de desesperación.

V

A Mr. Merton le ocasionó un grave disgusto este nuevo aplazamiento de la boda. Lady Julia, que había encargado ya un vestido para la ceremonia, hizo cuanto pudo para que Sybil deshiciera el matrimonio. Pero, a pesar del cariño que profesaba a su madre, Sybil había consagrado ya su vida a Lord Arthur y nada de lo que Lady Julia pudo decirle hizo vacilar su fe.

En cuanto a Lord Arthur, necesitó bastantes días para recobrarse de su terrible desilusión y durante mucho tiempo sus nervios no funcionaron normalmente. Pronto se impuso, no obstante, su admirable sensatez, y su espíritu práctico y su integridad desvanecieron toda duda. Puesto que el veneno había fracasado totalmente, era indudable que se imponía la dinamita o cualquier otro explosivo.

Repasó de nuevo, en consecuencia, la lista de sus amigos y allegados, y tras serias reflexiones se decidió por su tío el Deán de Chichester. El Deán, hombre muy culto y estudioso, era extremadamente aficionado a los relojes y poseía una maravillosa colección de ellos, que abarcaba desde el siglo XV hasta nuestros días. Lord Arthur pensó que esta monomanía del buen Deán le ofrecía una excelente oportunidad para realizar su proyecto. Pero procurarse una máquina explosiva, presentaba, como es natural, sus dificultades. La *Guía de Londres* no le procuró ningún dato salvador y, por otra parte, no le pareció oportuno informarse en Scotland Yard, donde parece ignorarse la existencia de la facción dinamitera, hasta que no surge el nuevo atentado y, aun así, con las debidas reservas.

De pronto, pensó en su amigo Ruvaloff, un joven ruso de tendencias revolucionarias, a quien había conocido en el invierno último en casa de Lady Windermere. El Conde Ruvaloff pasaba por estar escribiendo una vida de Pedro el Grande y haber venido a Inglaterra con el propósito de estudiar los documentos relacionados con la estancia del Zar en Inglaterra, cuando aprendía para carpintero naval; pero casi todo el mundo le tenía por un agente nihilista y era indudable que la Embajada rusa no veía con muy buenos ojos su presencia en Londres. Lord Arthur comprendió que aquél era el hombre que necesitaba, y una mañana se dirigió hacia su alojamiento de Bloomsbury, decidido a pedirle consejo y ayuda.

—¿Al fin va usted a ocuparse en serio de política? —preguntó el Conde Ruvaloff, cuando Lord Arthur le hubo expuesto el objeto de su visita.

Pero Lord Arthur, que aborrecía toda fanfarronada, se creyó en el deber de confesarle que los problemas sociales no le afectaban lo más mínimo y que precisaba un máquina explosiva para un asunto puramente familiar.

El Conde Ruvaloff le consideró durante unos instantes con asombro y luego, al ver que hablaba completamente en serio, escribió una dirección sobre un pedazo de papel, firmó con sus iniciales y se lo entregó, diciendo:

—En Scotland Yard se celebraría mucho conocer esta dirección, mi querido amigo.

—Pues seguirán ignorándola —exclamó Lord Arthur, riendo.

Y después de estrechar con toda cordialidad la mano del joven ruso, se retiró lleno de impaciencia y, una vez en la calle, examinó el papel, ordenando al cochero que le condujera a Soho Square.

Allí le despidió y bajó por Greek Street, hasta que llegó a una plaza denominada Bayle’s Court.

Atravesó un pasadizo, encontróse en un extraño callejón sin salida, aparentemente ocupado por un lavadero francés, pues de una casa a otra había tendida una verdadera red de cuerdas con ropa blanca colgada, que en el aire de la mañana parecía revolotear. Lord Arthur se dirigió hacia el fondo y llamó a la puerta de una casita verde. Al cabo de unos momentos de espera, durante los cuales en las ventanas del patio surgieron rostros curiosos, abrió la puerta un extranjero de aire rudo, que le interrogó en mal inglés por lo que deseaba. Lord Arthur le alargó el papel que le había entregado el Conde Ruvaloff. Apenas lo hubo examinado, hizo el extranjero una reverencia e invitó a Lord Arthur a que pasara a una habitación de aspecto miserable, situada en el piso bajo. Momentos después, Herr Winckelkopf, nombre con el que era conocido en Inglaterra, entró apresuradamente en la habitación, con una servilleta llena de manchas de vino alrededor del cuello y un tenedor en la mano izquierda.

—El Conde Ruvaloff me ha dado una nota de presentación para usted —dijo Lord Arthur inclinándose—. Necesito hablarle de un asunto brevemente. Me llamo Smith, Robert Smith, y deseo que me procure usted un reloj explosivo.

—Encantado de saludarle, Lord Arthur —replicó el malicioso y minúsculo alemán riendo—. Pero no se alarme usted; mi deber es conocer a todo el mundo y recuerdo haberle visto una noche en casa de Lady Windermere, que espero continúe sin novedad. ¿Quiere usted hacerme compañía mientras termino de almorzar? Tengo un excelente *pâté* y mis amigos son tan amables que aseguran que mi vino es mejor que el que se bebe en la Embajada alemana.

Y antes de que Lord Arthur se hubiera recobrado de la sorpresa, encontróse sentado en una habitación interior, saboreando el más delicioso Marcobrünner en una copa amarillenta marcada con el monograma imperial, y charlando de la manera más amigable que puede imaginarse con el famoso conspirador.

—Los relojes explosivos —dijo Herr Winckelkopf— no son artículos de fácil exportación, pues, aunque logren atravesar la Aduana, el servicio de trenes es tan irregular, que por lo general estallan antes de haber llegado a su destino. No obstante, si necesita usted uno corriente para uso doméstico, puedo proporcionarle un artículo excelente, con toda clase de garantías. ¿Tiene usted la bondad de indicarme a quién está destinado? Si es para la policía o para cualquier persona relacionada con

Scotland Yard, lo sentiré mucho, pero no podré complacerle. Los policías ingleses son realmente nuestros mejores amigos y la experiencia me ha enseñado que confiando en su estupidez, nos es posible hacer cuanto se nos antoje. Ya comprenderá usted que no puedo avenirme a sacrificar ni uno solo de ellos.

—Le aseguro a usted —dijo Lord Arthur—, que esto no tiene la menor relación con la policía. En fin, el reloj está destinado al Deán de Chichester.

—¡Caramba! No creí que fuera usted tan exaltado en cuestiones religiosas, Lord Arthur. Pocos jóvenes lo son hoy día.

—Se equivoca usted, Herr Winckelkopf —dijo Lord Arthur sonrojándose—. La verdad es que no tengo la más ligera idea de teología.

—Entonces se trata de un asunto puramente particular.

—Completamente.

Herr Winckelkopf se encogió de hombros y salió de la habitación, volviendo al cabo de unos instantes, con un pan redondo de dinamita del tamaño de un penique y un delicioso reloj francés, coronado por una figura de bronce dorado, que representaba la Libertad aplastando la hidra del Despotismo.

Al verlo, el rostro de Lord Arthur resplandeció de alegría.

—Justamente lo que necesitaba —exclamó—. Ahora indíqueme usted cómo estalla.

—¡Ah!, ése es mi secreto —respondió Herr Winckelkopf, contemplando su invento con legítimo orgullo—. Dígame usted cuándo desea que estalle y dispondré la maquinaria para el momento oportuno.

—Bueno… Hoy es martes y si puede usted enviarlo inmediatamente…

—Imposible; tengo muchos y muy importantes trabajos que llevar a cabo para unos amigos de Moscú. Pero, a pesar de todo, se lo enviaré mañana.

—¡Oh, es lo mismo! —exclamó Lord Arthur cortésmente—. Mañana por la noche o el jueves por la mañana, como usted guste. En cuanto al momento de la explosión, fijémoslo para el viernes a mediodía en punto. A esta hora, el Deán está siempre en casa.

—Para el viernes a mediodía —repitió Herr Winckelkopf, tomando nota en un voluminoso libro mayor que sacara de un *bureau* situado junto a la chimenea.

—Y ahora —dijo Lord Arthur levantándose— haga usted el favor de indicarme qué le debo.

—Es una insignificancia, Lord Arthur, a tal punto, que le cargaré estrictamente el precio de coste. La dinamita vale siete chelines y medio; el reloj, tres libras y diez chelines; los portes, unos cinco chelines. Para mí es siempre un placer servir a un amigo del Conde Ruvaloff.

—Pero, ¿y su trabajo, Herr Winckelkopf?

—¡Oh, no vale nada! Es un recreo para mí. Trabajo por amor al arte y vivo exclusivamente dedicado a él.

Lord Arthur depositó sobre la mesa cuatro libras, dos chelines y seis peniques, dio las gracias al minúsculo alemán por su amabilidad y después de haber logrado declinar una invitación para un té en honor de varios anarquistas, que había de celebrarse al sábado siguiente, abandonó aquella casa y se dirigió hacia el Parque.

Durante dos días, vivió en un estado de terrible excitación. Y el viernes a las doce de la mañana se dirigió al Club, en espera de noticias.

El estúpido del portero se pasó toda la tarde fijando telegramas, que traían las nuevas de toda la región: el resultado de las carreras, las sentencias de los procesos de divorcio, el estado del tiempo y otras informaciones semejantes, mientras la cinta telegráfica desfilaba con detalles de los más abrumadores sobre la sesión nocturna de la Cámara de los Comunes y un ligero pánico que se había producido en la Bolsa.

A las cuatro, llegaron los periódicos de la noche y Lord Arthur se sumió en la biblioteca, con el *Pall Mall*, el *St. James's*, el *Globe* y el *Echo*, con gran indignación del Coronel Goodchild, que deseaba leer la reseña del discurso que había pronunciado aquella mañana en la Alcaldía, con respecto a las Misiones Sudafricanas y la conveniencia de tener obispos negros en todas las provincias. Ninguno de los periódicos, sin embargo, hacía la menor alusión a Chichester y Lord Arthur presintió que su intento había fracasado. Fue para él un golpe terrible y durante algún tiempo se sintió completamente abatido. Herr Winckelkopf, a quien visitó al día siguiente, se deshizo en explicaciones, y le prometió otro reloj libre de gastos, o una caja de bombas de nitro-glicerina, al precio de coste. Pero Lord Arthur había perdido toda confianza en los explosivos y Herr Winckelkopf mismo reconoció que todo estaba ya tan adulterado, que era dificilísimo adquirir dinamita en buenas condiciones. No obstante, el minúsculo alemán, aun admitiendo que algo debía de andar mal en la maquinaria, no perdía la esperanza de que el reloj estallara. Y citó el caso de un barómetro enviado en una ocasión al Gobernador militar de Odessa, dispuesto para que estallara al décimo día, que explotó pasados tres meses. Verdad es, que al estallar, sólo consiguió reducir a átomos a una de las doncellas, por encontrarse el Gobernador en el campo; pero, por lo menos, demostró que la dinamita, como fuerza destructora al servicio de una maquinaria, era un agente poderosísimo, aunque un tanto inexacto.

Lord Arthur se sintió aliviado ante esta idea; pero, estaba predestinado a una nueva decepción; dos días más tarde, cuando subía la escalera, le llamó la Duquesa a su tocador, para mostrarle una carta que acababa de recibir de la familia del Deán.

—Jane escribe cartas deliciosas —dijo la Duquesa—, debes realmente leer la última. Es casi tan interesante como las novelas que nos envía Mudie[3].

Lord Arthur le arrebató la carta de las manos y leyó lo que sigue:

Deanato de Chichester, 27 de mayo:

Mi muy querida tía:

Mil gracias ante todo por la franela que me envió para la Sociedad Dorcas, así como por la guinga. De acuerdo en que es una tontería ese empeño de usar cosas llamativas; pero hoy día todo el mundo es tan radical y tan poco religioso, que resulta muy difícil dar a comprender que no debe pretenderse vestir como las clases superiores. La verdad es que no sé dónde vamos a parar. Como dice papá muy a menudo en sus sermones, vivimos en un siglo de incredulidad. Nos hemos reído mucho estos días con un reloj que un admirador anónimo de papá envió el jueves pasado. Lo trajeron de Londres en una caja de madera, con los portes pagados; siendo papá de opinión que se trata de un regalo de alguien que ha leído su hermoso sermón: "Distingamos entre la Libertad y el Libertinaje"; pues sobre el reloj hay una figura de mujer con algo sobre la cabeza que papá dice que es el gorro de la Libertad A mí no me parece muy bien; pero papá dice que es histórico y supongo que tiene razón. Parker lo desempaquetó, y papá lo puso en la biblioteca sobre la repisa de la chimenea, y allí estábamos todos sentados el viernes por la mañana, cuando en el momento en que el reloj daba las doce, oímos como un zumbido; del pedestal de la figura salió una nubecilla de humo y la diosa de la Libertad cayó al suelo y se rompió la nariz contra el hierro de la chimenea. María se alarmó bastante; pero la cosa era tan ridícula, que James y yo estallamos de risa y hasta a papá pareció hacerle mucha gracia. Cuando hubimos examinado el reloj, vimos que era una especie de despertador y que, colocando la aguja en la hora determinada, si se pone un poco de pólvora y un fulminante bajo el martillo, se produce el estallido en el momento deseado. Papá no ha querido dejarlo en la biblioteca, porque hace mucho ruido; así que Reggie se lo ha llevado a la escuela y allí continúa produciendo pequeños estallidos durante todo el día. ¿Crees que le agradaría a Arthur un regalo de boda semejante? Supongo que estarán muy de moda en Londres. Papá asegura que estos relojes harán mucho bien, pues demostrarán que la Libertad no es duradera y que más tarde o más temprano tiene que caer. Para papá, la Libertad fue inventada en tiempos de la Revolución francesa. ¡Qué cosa tan horrible!

Voy a ir ahora a casa de los Dorcas, para leerles su carta, que les ha de enseñar muchas cosas, porque es muy instructiva. ¡Qué verdad es, querida tía, lo que dice usted de que, dada su posición modesta, no deberían distinguirse en el vestir! Esa preocupación por el traje es realmente absurda; habiendo como hay tantas cosas mucho más importantes que hacer en este mundo y en el próximo. ¡Cuánto celebro que su popelina le haya dado tan buen resultado y que el encaje no se desgarrara! El próximo miércoles pienso llevar a casa del Obispo el traje de seda amarilla que tuvo usted la bondad de regalarme y espero que hará muy buen efecto. ¿Y lazos, se pondría usted en mi lugar alguno? Jennings asegura que hoy día todo el mundo lleva lazos y que las enaguas se llevan rizadas. Reggie acaba de presenciar una nueva

explosión y papá ha mandado que se lleven el reloj a la cuadra. No creo que esté ahora papá tan satisfecho del reloj como en el primer momento, aunque le haya halagado mucho el que le regalen un juguete tan ingenioso y tan bonito, pues esto demuestra que la gente lee sus sermones y saca provecho de ellos.

Papá, James, Reggie y María, todos les envían sus mejores recuerdos, y esperan que tío Cecil esté mejor de su gota. Usted, querida tía, sabe lo mucho que la quiere su sobrina,

Jane Percy

P. S.: No deje de contestarme sobre lo que le digo de los lazos. Jennings insiste en que están muy de moda.

Cuando hubo terminado la carta, Lord Arthur tenía un aire tan serio y tan afligido, que la Duquesa se echó a reír a carcajadas.

—En la vida volveré a enseñarte otra carta de muchacha, querido Arthur. Pero, ¿qué te parece lo del reloj? Debe ser un invento extraordinario. Por mi parte, me gustaría tener uno.

—No me inspiran gran confianza esos relojes —dijo Lord Arthur, sonriendo tristemente. Y, después de besar a su madre, salió de la habitación.

Cuando hubo llegado a su cuarto, se dejó caer en un sofá, con los ojos llenos de lágrimas. Había hecho todo lo posible por realizar el crimen y había fracasado por dos veces; aunque no ciertamente por culpa suya. Había intentado cumplir con su deber, pero parecía como si su propio destino le traicionase. Sentíase abrumado por la evidente esterilidad de sus buenas intenciones, por la inutilidad de sus esfuerzos en obrar moralmente. Quizás fuera preferible romper para siempre su matrimonio. Sybil sufriría, es verdad; pero el sufrimiento no era posible que malograra una naturaleza tan noble como la suya. En cuanto a él, ¿qué importaba? Siempre hay alguna guerra en el mundo, donde puede morir un hombre; alguna causa por la cual puede dar su vida. Y si la vida no tenía atractivo para él, la muerte no le asustaba. ¡Que se cumpliese su destino! Él no haría nada por impedirlo.

A las siete y media, se vistió y se fue al Club. Allí estaba Surbiton en compañía de otros jóvenes y no tuvo más remedio que cenar con ellos. Su conversación banal y sus gestos ociosos no le interesaban y tan pronto como hubieron servido el café se separó de ellos, pretextando una cita. Al salir del Club el portero le entregó una carta. Era de Herr Winckelkopf, que le invitaba para que fuera la noche siguiente a ver un paraguas explosivo, que estallaba en el momento de abrirse. Era la última palabra en la materia y acababa de llegar de Ginebra. Hizo pedazos la carta. Estaba decidido a no intentar ninguna otra experiencia. Luego, vagó al azar por las orillas del Támesis y se pasó varias horas sentado junto al río. La luna asomó tras una maraña de nubes sombrías, semejante al ojo de un león, e innumerables estrellas salpicaban como oro

en polvo la bóveda celeste. De vez en cuando una barcaza se deslizaba por la turbia corriente y los discos del ferrocarril pasaban del verde al escarlata, a medida que los trenes cruzaban el puente con estrépito. Al cabo de un largo rato, sonaron las doce en la alta torre de Westminster y la noche pareció estremecerse a cada campanada sonora del reloj. Luego las luces de la estación se apagaron; sólo una lámpara solitaria continuó brillando, semejante a un inmenso rubí sobre un mástil gigantesco, y los rumores de la ciudad fueron apagándose lentamente.

A las dos, Lord Arthur se puso en pie y dirigióse pausadamente hacia Blackfriars. ¡Qué absurdo le parecía todo! ¡Era como una pesadilla! Las casas al otro lado del río parecían construidas de tinieblas. Hubiérase dicho como si el mundo alrededor estuviera modelado en negro y plata. La cúpula gigantesca de San Pablo aparecía como una enorme burbuja en medio de la atmósfera fosca.

Caminaba hacia la Cleopatra’s Needle y distinguió a un hombre inclinado sobre el parapeto del río; cuando estuvo cerca, como mirase hacia él, su rostro quedó iluminado por la luz de un reverbero.

¡Era Mr. Podgers, el quiromántico! Imposible confundir su faz adiposa y lacia, con sus gafas de oro, su sonrisa macilenta y su boca sensual.

Lord Arthur se detuvo. Una idea luminosa le relampagueó en el cerebro. Deslizándose cautelosamente hacia Mr. Podgers, en un abrir y cerrar de ojos le cogió por las piernas y lo arrojó al Támesis. Se oyó un juramento y un chapuzón; luego, todo quedó en silencio. Lord Arthur miró ansiosamente hacia el río; pero no logró percibir el menor vestigio del quiromántico, a excepción de un sombrero de copa, que pirueteaba en torno a un remolino iluminado por la claridad de la luna. Al cabo de unos instantes también desapareció y ni el más leve rastro quedó de Mr. Podgers. Hubo un momento en que creyó percibir una vaga silueta disforme, trepando por la escalera del puente y un horrible presentimiento de fracaso se apoderó de él. Pero se trataba de un simple reflejo y cuando la luna brilló de nuevo, desapareció. ¡Al fin parecía haber cumplido el decreto del Destino! Exhaló un profundo suspiro de satisfacción y el nombre de Sybil acudió a sus labios.

—¿Se le ha caído a usted algo, caballero? —interrogó súbitamente una voz a sus espaldas.

Volvióse; vio a un policía con una linterna sorda.

—Nada de particular, guardia —respondió sonriente, y llamando a un coche de punto que por allí pasaba, se metió en él y ordenó al cochero que le condujese a Belgrave Square.

Durante algunos días vivió en una alternativa de esperanzas y temores. Había momentos en que casi se le figuraba que Mr. Podgers iba a entrar por la puerta; otras, sin embargo, tenía la convicción de que el Destino no podía ser tan injusto con él. Dos veces fue al domicilio del quiromántico; pero ninguna de las dos se decidió a

tocar el timbre. Ansiaba saber la verdad y, no obstante, la temía.
Pero al fin supo a qué atenerse. Estaba sentado en el *fumoir* del Club tomando el té y escuchando con gran hastío a Surbiton, que le explicaba el argumento de la última opereta cómica del Gaiety, cuando uno de los mozos entró con los periódicos de la noche. Cogió el *St. James's* y hojeábalo distraídamente, cuando el siguiente encabezamiento atrajo su atención:

SUICIDIO DE UN QUIROMÁNTICO

Pálido de emoción, comenzó a leer la reseña, que decía lo siguiente:
«Ayer, a las siete de la tarde, fue arrojado a la costa, a la altura de Greenwich, frente al Hotel Ship, el cuerpo del eminente quiromántico Mr. Septimus R. Podgers. El infortunado caballero había desaparecido desde hacía algunos días y en los círculos quirománticos reinaba una gran ansiedad con respecto a su persona. Se supone que se suicidó bajo la influencia de un desequilibrio mental momentáneo, debido al exceso de trabajo y ha habido absoluta unanimidad en el dictamen forense emitido esta tarde. Mr. Podgers acababa justamente de terminar un completísimo tratado sobre la mano humana, que se ha de publicar en breve y que seguramente despertará gran interés. El finado tenía sesenta y cinco años, y parece ser que no ha dejado familia alguna.»
Lord Arthur salió precipitadamente del Club con el periódico todavía en las manos (con gran asombro del portero, que en vano intentó detenerle) y ordenó a su cochero que le condujera a Park Lane inmediatamente. Sybil le vio llegar desde una ventana y le dijo el corazón que traía buenas noticias. Salió corriendo a su encuentro y cuando vio su rostro comprendió que las cosas iban bien.
—¡Querida Sybil —exclamó Lord Arthur— casémonos mañana!
—¡Loco! —dijo Sybil, entre riendo y llorando—. ¡Pero si aún no hemos encargado el pastel de boda!

VI

El día que se celebró el matrimonio, unas tres semanas después, la iglesia de San Pedro veíase invadida por una elegantísima muchedumbre. Los santos oficios fueron leídos por el Deán de Chichester del modo más conmovedor. Y fue opinión unánime

que nunca se había visto una pareja tan encantadora como la que formaban la novia y el novio. Brillaba en ellos, sin embargo, algo más que la belleza; y era la felicidad. Ni por un solo momento sintió Lord Arthur todo lo que había sufrido por causa de Sybil. Y ella, por su parte, le colmó de todo lo que una mujer puede ofrecer a un hombre, de adoración, ternura y amor. Para ellos, la ilusión se impuso a la realidad. Y se sintieron eternamente jóvenes.

Pasados algunos años, cuando ya tenían dos preciosos niños, fue a visitarles Lady Windermere a Alton Priory, una vetusta y deliciosa propiedad, regalo de boda del Duque a su hijo; una tarde, sentada con Sybil en el jardín a la sombra de un tilo, viendo cómo jugaban los dos niños, semejantes a dos rayos de sol traviesos, en una avenida de rosales, tomó, de pronto, Lady Windermere entre sus manos las manos de Sybil y le preguntó:

—¿Eres realmente feliz, hija mía?

—¡Pues claro que sí, querida Lady Windermere! ¿Y usted, no lo es también?

—No tengo tiempo para serlo, Sybil; siempre me gusta la última persona que me presentan. Pero, por lo general, apenas la conozco me canso de ella.

—¿Cómo? ¿Ya no la satisfacen a usted sus celebridades, Lady Windermere?

—¡Oh, no, querida! Las celebridades no sirven más que para una temporada. En cuanto se cortan las melenas, resultan la gente más insoportable del mundo. Sin contar que, si es una demasiado buena con ellos, acaban siempre por portarse mal. ¿Recuerda usted aquel horrible Mr. Podgers? Era un impostor tremendo. Claro que eso me tenía sin cuidado y aun el que me pidiese dinero prestado; pero no podía soportar que me hiciera el amor. Acabó por hacerme odiar la quiromancia. Ahora, lo que me apasiona es la telepatía. Es mucho más divertida.

—No irá usted a hablar mal de la quiromancia en esta casa, lady Windermere; es la única cosa sobre la que Arthur no admite bromas. Le aseguro a usted que sus ideas sobre este punto son muy serias.

—¿No querrás decir que cree en ella, Sybil?

—Pregúnteselo usted a él, lady Windermere. Precisamente, aquí llega.

Y Lord Arthur avanzó a través del jardín, con un gran ramo de rosas amarillas en la mano y sus dos hijos haciendo cabriolas en torno suyo.

—¿Lord Arthur?

—¿Qué, Lady Windermere?

—¿Es verdad que cree usted en la quiromancia?

—Naturalmente —repuso Lord Arthur, sonriendo.

—Pero, ¿y por qué?

—Porque le debo toda mi felicidad —murmuró Lord Arthur, dejándose caer sobre un sillón de mimbre.

—¿Y qué es lo que le debe usted, mi querido Lord Arthur?

—¡A Sybil! —replicó ofreciendo las rosas a su mujer y contemplando sus ojos color violeta.

—¡Qué tontería! —exclamó Lady Windermere—. ¡En mi vida he oído un disparate mayor!

El fantasma de Canterville

(Cuento Hilo-idealista)

I

Cuando el Ministro de los Estados Unidos, Míster Hiram B. Otis, compró el castillo de Canterville, todo el mundo le dijo que hacía una locura, pues era evidente que aquel lugar estaba embrujado. Claro, que el mismo Lord Canterville, hombre de lo más puntilloso en cuestiones de honor, juzgó que era su deber advertir a Mr. Otis sobre esta particularidad cuando entraron en tratos.

—Nosotros mismos no hemos vuelto a vivir allí —expuso Lord Canterville— desde que mi anciana tía, la Duquesa viuda de Bolton, contrajo una grave enfermedad, de la que no logró recobrarse nunca, a causa del terror que le produjo sentir sobre sus hombros dos manos esqueléticas, cuando estaba vistiéndose para la cena. Además, me creo obligado a decirle, Mr. Otis, que el fantasma ha sido visto por varias personas de la familia, aún vivas, y también por el párroco de la localidad, el Rdo. Augustus Dampier *fellow* del *King's College* de Cambridge. Después del lamentable incidente ocurrido a la Duquesa, ninguno de los criados quiso continuar a nuestro servicio, y Lady Canterville lograba raramente conciliar el sueño, debido a una serie de ruidos misteriosos que se producían del lado de la galería y la biblioteca.

—Milord —respondió el Ministro—; me quedo con el mobiliario y con el fantasma por lo que valgan. Procedo de un país moderno, donde tenemos todo lo que se puede adquirir con dinero y dada la diligencia de nuestros bravos compatriotas en juerguearse por todo el Viejo Mundo y en robarles a ustedes sus mejores cantantes y actrices, sospecho que si hubiera habido algún fantasma en Europa, ya lo tendríamos en América, en un museo o en una barraca de feria.

—Temo que el fantasma exista —dijo sonriendo Lord Canterville—, aunque haya podido resistir hasta ahora a las ofertas de los audaces empresarios americanos. Ha dado pruebas sobradas de su existencia desde hace tres siglos; desde 1584 exactamente; y cada vez que alguna persona de la familia va a morir, no deja de hacer su aparición.

—¡Oh!, si vamos a eso, lo mismo hace el médico de la familia, Lord Canterville. Pero

los fantasmas, amigo mío, no existen; y supongo que la Naturaleza no habrá hecho una excepción en favor de la aristocracia británica.

—Se ve que ustedes los americanos son muy aficionados a la Naturaleza —contestó Lord Canterville, no alcanzando a comprender exactamente la última observación de Mr. Otis—; pero, tanto mejor, si no le importa a usted tener un fantasma en casa. Yo, por mi parte, se lo he advertido; espero que no lo olvidará usted. Pocas semanas después, se legalizó la venta, y al finalizar la *season*, el Ministro y su familia se trasladaron al castillo de Canterville. La señora de Otis, que de soltera como Miss Lucretia R. Tappan (de West 53 Street) había sido una de las bellezas más celebradas de Nueva York, era a la sazón una hermosa señora, de edad madura, con unos ojos magníficos y un perfil soberbio. Muchas damas americanas, cuando abandonan su país natal, adoptan una enfermedad crónica, bajo la impresión de que esto significa en Europa un gran refinamiento; pero la señora de Otis nunca había caído en este error. Poseía una espléndida constitución y una vitalidad realmente extraordinaria; como que, en muchos sentidos, era toda inglesa y un ejemplo vivo de que, en realidad, hoy día nada nos separa de los Estados Unidos; como no sea el idioma, naturalmente. Su hijo mayor, bautizado con el nombre de Washington por sus padres, en un acceso de patriotismo, que el interesado lamentara toda su vida, era un muchacho rubio y bien parecido que, dirigiendo el Cotillón en el casino de Newport, durante tres años consecutivos, había hecho méritos bastantes para ingresar en la Diplomacia norteamericana; sin contar que, aun en el mismo Londres, era conocido como un excelente bailarín. Las gardenias y la nobleza eran su única debilidad; por lo demás, extremadamente razonable.

La señorita Virginia E. Otis era una muchachita de quince años, esbelta y graciosa como un corzo y con una dulce expresión de candor al par que de franqueza en sus anchos ojos azules. Era, además, una amazona sorprendente, y, en una ocasión, había corrido sobre su jaca en competencia con el viejo Lord Bilton y después de dar dos veces la vuelta al parque, le había ganado, llegando ante la estatua de Aquiles con un cuerpo y medio de ventaja, lo que provocó tan gran entusiasmo en el joven Duque de Cheshire que se declaró a ella acto seguido; razón por la cual sus tutores le enviaron a Eton aquella misma noche, hecho un mar de lágrimas. Tras de Virginia, venían los gemelos, a quienes habitualmente se les llamaba «las Estrellas y las Barras»[4], porque estaban siempre dando motivos para que les zurraran. Eran dos chicos encantadores y, exceptuando al digno Ministro, los únicos republicanos sinceros de la familia.

Como el castillo de Canterville está a siete millas de Ascot, la estación de ferrocarril más próxima, el señor Otis había telegrafiado que enviaran una carretela, en la que montaron todos rebosantes de alegría. Era un atardecer de julio, delicioso, y el aire estaba saturado del aroma de los pinos. De vez en cuando, se oía el dulce arrullo de

las palomas torcaces y entre los helechos susurrantes, se entreveía el bruñido peto de un faisán. Ardillas diminutas les atisbaban al paso desde las hayas y los conejos huían precipitadamente por entre la maleza y por cima de las lomas musgosas, con el rabillo erguido. Pero, cuando entraron en la avenida del castillo de Canterville, el cielo se encapotó inesperadamente; una extraña quietud pareció invadir la atmósfera; una gran bandada de cornejas pasó silenciosamente sobre sus cabezas y, antes de llegar al castillo, comenzaron a caer gruesas gotas de lluvia.

De pie, en la escalinata, les aguardaba una anciana, pulcramente ataviada, con un vestido de seda negra y una cofia y un delantal blancos. Era la señora Umney, el ama de llaves, que había sido respetada en su puesto por la señora Otis, en atención a las reiteradas instancias de Lady Canterville. La señora Umney, a medida que iban echando pie a tierra, les saludaba con una profunda reverencia y dijo de la manera más delicada, a la antigua usanza: «Bienvenidos sean los señores al castillo de Canterville.» Atravesaron tras ella el magnífico vestíbulo Tudor y entraron en la biblioteca, una habitación grande, baja de techo y revestida de roble oscuro, con una amplia vidriera al fondo. El té estaba servido y una vez que se hubieron despojado de los abrigos de viaje, se sentaron y comenzaron a mirar en torno, mientras la señora Umney les servía.

De pronto, la señora Otis percibió sobre el suelo, junto a la chimenea, una mancha de un rojo oscuro, y sin darse cuenta de lo que realmente significaba, pregunto a Mrs. Umney:

—Parece como si se hubiera derramado algo ahí.

—Sí señora, —replicó la anciana, en voz baja—, se derramó sangre…

—¡Qué horror! —exclamó Mrs. Otis—. No está bien que haya manchas de sangre en un salón. Es preciso limpiarla inmediatamente.

La anciana sonrió y en el mismo tono quedo y misterioso, añadió:

—Es la sangre de Lady Eleanore de Canterville, que fue asesinada por su propio marido en ese mismo sitio, el año 1575. Sir Simon la sobrevivió nueve años y desapareció repentinamente del modo más misterioso. No se logró encontrar su cuerpo, pero su ánima en pena continúa rondando el Castillo. La mancha de sangre ha sido muy admirada por los turistas y demás visitantes, pero es imposible hacerla desaparecer.

—Qué tontería —exclamó Washington Otis—. El quitamanchas *Champion* y detersorio modelo Pinkerton la hará desaparecer en el momento.

Y antes de que la aterrorizada anciana hubiera podido intervenir, hincóse de rodillas y comenzó a restregar el piso con una barrita que parecía de cosmético negro. Al cabo de unos instantes, no quedaba el menor rastro de la mancha de sangre.

—Ya sabía yo que el Pinkerton es infalible —exclamó Washington en tono de triunfo, mirando en torno suyo a la familia, que le admiraba como convenía. Pero no había

acabado de pronunciar estas palabras, cuando un relámpago formidable iluminó el oscuro aposento y un trueno pavoroso les hizo a todos ponerse en pie estremecidos, en tanto que Mrs. Umney se desmayaba.

—¡Qué clima tan horrible! —dijo el Ministro americano, encendiendo tranquilamente un enorme puro—. Supongo que estos viejos países están poblados tan excesivamente que no hay el buen tiempo necesario para todos. Siempre he pensado que la emigración es el único recurso para Inglaterra.

—Querido Hiram —exclamó Mrs. Otis—. ¿Qué vamos a hacer con una mujer que se desmaya?

—Cargárselo en cuenta con los platos rotos —contestó el Ministro—. Te aseguro que no volverá a desmayarse.

Y, en efecto, pocos momentos después, Mrs. Umney volvió en sí. Pero no había duda que estaba extraordinariamente emocionada y con voz severa advirtió a Mr. Otis que se preparase a presenciar calamidades en el castillo.

—He visto, señor —prosiguió—, cosas con mis propios ojos que pondrían los pelos de punta al más cristiano y, durante noches y noches, no he podido dormir a causa de las cosas horribles que aquí suceden.

Pero Mr. Otis y su señora aseguraron a la buena mujer que no tenían miedo a los fantasmas y después de invocar las bendiciones de la Providencia para sus nuevos señores y preparar las cosas para una próxima petición de aumento de sueldo, la anciana ama de llaves se dirigió con pasos vacilantes hacia su cuarto.

II

Toda la noche rugió furiosamente la tormenta; pero nada de particular ocurrió. A la mañana siguiente, sin embargo, cuando bajaron a desayunar, se encontraron de nuevo con la terrible mancha de sangre sobre el suelo.

—No creo que sea la culpa del detersorio Pinkerton —dijo Washington—, porque nunca ha fallado. Debe ser el fantasma.

Frotó la mancha por segunda vez, pero sin mejor éxito, porque a la mañana siguiente la mancha reapareció. Y allí estaba la tercera mañana, a pesar de que Mr. Otis en persona cerró la biblioteca la noche anterior, llevándose la llave a su cuarto. Ello fue causa de que la familia en masa se interesase en extremo. Mr. Otis comenzó a

sospechar que había sido demasiado dogmático al negar la existencia de los fantasmas; Mrs. Otis manifestó su intención de afiliarse a la Sociedad Psíquica y Washington preparó una extensa carta a los señores Myers y Podmore sobre la persistencia de las manchas sanguinolentas relacionadas con un crimen. Aquella noche se desvanecieron definitivamente todas las dudas que hubieran podido quedar respecto a la existencia objetiva de los fantasmas.

Había sido una jornada calurosa y soleada y, aprovechando el frescor del atardecer, toda la familia salió a dar un paseo en coche. No volvieron a casa hasta las nueve y cenaron ligeramente. La conversación no giró en modo alguno alrededor de los fantasmas; no había, por tanto, ni siquiera esas condiciones primarias de expectación y receptividad que tan a menudo preceden a las manifestaciones de fenómenos psíquicos. Los temas de discusión, según me informó después Mr. Otis, habían sido los de costumbre, tratándose de americanos cultos de la clase alta, tales como la inmensa superioridad como actriz de Miss Fanny Davenport sobre Sara Bernhardt; la dificultad de obtener maíz tierno, pan de alforfón y harina de maíz, aun en las casas inglesas más distinguidas; la importancia de Boston en el desarrollo del alma universal; las ventajas del sistema de facturación de equipajes en los viajes por ferrocarril y la dulzura del acento neoyorkino, comparada con la tartajosa pronunciación londinense. Ni la más ligera alusión a las cosas sobrenaturales, ni mención alguna de Sir Simon de Canterville. A las once, toda la familia se retiró a sus habitaciones y a las once y media estaban apagadas todas las luces. Poco después, Mr. Otis fue despertado por un extraño ruido que se produjo en el pasillo. Era como un rechinar de metales y parecía aproximarse gradualmente; a continuación levantóse, encendió una cerilla y consultó el reloj. Era la una en punto. Se sentía absolutamente tranquilo y, tomándose el pulso, pudo comprobar que no tenía la menor fiebre. Sin embargo, el ruido proseguía y, al mismo tiempo, oyó distintamente un resonar de pasos. Calzándose las zapatillas, cogió una redomita oblonga de su estuche de aseo y abrió la puerta. Justamente frente a él, al claror de la luna, vio a un anciano de aspecto pavoroso. Sus ojos eran rojos como ascuas; largos cabellos en desgreñados rizos grises caían sobre sus hombros; sus vestiduras eran de corte antiguo y estaban polvorientas y andrajosas y de sus muñecas y tobillos colgaban cadenas y grilletes enmohecidos.

—Querido Señor —dijo Mr. Otis—, me voy a permitir recomendarle que engrase esas cadenas, para lo cual le ruego que acepte esta botellita del lubrificante Tammany *Rising Sun*. Aseguran que es eficacísimo y que basta una sola aplicación. En la etiqueta constan varios testimonios de nuestros más prestigiosos teólogos. Se lo dejaré aquí, al lado de las palmatorias, y si necesita usted más, tendré mucho gusto en procurárselo.

Apenas pronunciadas estas palabras, el Ministro de los Estados Unidos colocó el

frasco sobre un velador de mármol y, después de cerrar la puerta, se retiró a descansar.
Por un momento, el fantasma de Canterville permaneció inmóvil, presa de una fuerte indignación; mas, al poco, arrojando violentamente la botellita contra el suelo, huyó por el pasillo, lanzando profundos gemidos y despidiendo una siniestra luz verdosa. Pero al llegar al rellano de la escalera principal, abrióse de repente una puerta, aparecieron dos figuras blancas ¡y una almohada salió proyectada hacia su cabeza! Evidentemente, no había tiempo que perder; adoptando, pues, con toda premura, la cuarta dimensión del espacio como medio defensivo, desvanecióse a través del muro y la casa quedó de nuevo en silencio.
Al llegar a una reducida cámara secreta, situada en el ala izquierda del castillo, se apoyó sobre un rayo de luna para recobrar aliento y comenzó a meditar sobre su situación. Jamás, en su brillante e ininterrumpida carrera de trescientos años, había sido insultado tan groseramente. Pensó en la Duquesa viuda, a quien había aterrorizado hasta el punto de hacerla desmayarse, cuando se contemplaba ante el espejo cubierta de encajes y diamantes; en las cuatro doncellas que habían sufrido un ataque de nervios, simplemente por haberles hecho unos cuantos visajes a través de las cortinas de uno de los dormitorios para invitados; en el párroco de la localidad, a quien había apagado de un soplo la bujía con que se alumbraba, una noche que volvía de la biblioteca y que desde entonces quedara al cuidado de Sir William Gull, mártir de un desequilibrio nervioso; y en aquella anciana Madame de Tremouillac, que, al despertar una mañana temprano, se encontró en su cuarto con un esqueleto sentado en un sillón, junto al fuego, leyendo su diario, lo que la tuvo recluida en el lecho durante seis semanas con un acceso de fiebre cerebral y la hizo, una vez restablecida, reconciliarse con la Iglesia y abandonar todo comercio con el famoso escéptico Monsieur de Voltaire. Recordó la noche terrible en que se encontró medio ahogado en su habitación al malvado Lord Canterville, con el *Knave* de diamantes[5] en la mitad de la garganta, confesando poco antes de morir, que había estafado unas 50.000 libras a Charles James Fox, por medio de aquella misma carta y jurando que era el fantasma quien se la había hecho tragar.
Todas sus memorables hazañas se le venían a la imaginación; desde la del mayordomo que se pegó un tiro en la despensa por haber visto una mano verde golpear sobre el cristal de la ventana, hasta la de la bella Lady Stutfield, a quien condenó a llevar continuamente una cinta de terciopelo negro alrededor del cuello, para ocultar la huella de cinco dedos marcados como a fuego sobre su nítida piel y que acabó por suicidarse en el vivero de carpas situado al final de la Avenida del Rey. Con todo el egotismo entusiasta del verdadero artista, pasó revista a los hechos más notables de su vida y sonrió amargamente para sí mismo al recordar su última aparición en el papel de *Rubén el Rojo o el niño estrangulado*, su debut en *Gibeon el*

Flaco o el Vampiro del Páramo de Bexley y el éxito que había tenido un delicioso atardecer de junio, jugando simplemente a los bolos con sus propios huesos en el campo de tenis. ¡Y que, después de todo esto, viniesen unos infames americanos a la moderna, a ofrecerle el lubrificante *Rising Sun* y a tirarle almohadas a la cabeza! La cosa era absolutamente intolerable. Sin contar que no se registraba en la historia un solo caso de fantasmas que hubiese sido tratado tan descortésmente. Decidió, por tanto, vengarse; y allí se estuvo, hasta que apuntó el día, en actitud de profunda meditación.

III

A la mañana siguiente, cuando la familia Otis bajó a desayunar, se discutió a propósito del fantasma. El Ministro de los Estados Unidos estaba lógicamente un tanto molesto, al ver que el fantasma no se había dignado aceptar su presente.

—No me guía —declaró— el menor deseo de molestar personalmente al fantasma y debo comunicaros que, considerando el mucho tiempo que ha vivido en esta casa, me parece poco correcto que se le arrojen almohadas al pasar. (Observación muy justa que, lamento decirlo, hizo estallar en carcajadas a los gemelos.)

—Por otra parte —prosiguió—, si continúa negándose a utilizar el lubrificante *Rising Sun*, nos veremos en el duro trance de tener que privarle de sus cadenas. Porque, con un ruido semejante, sería imposible dormir.

Pero, en toda la semana, no volvieron a ser turbados.

Lo único que les intrigaba era la renovación continua de la mancha de sangre en el piso de la biblioteca. Era realmente singular, pues por la noche siempre cerraba Mr. Otis con llave la puerta y atrancaba las ventanas cuidadosamente. También la extraña mutabilidad de la mancha, que, semejante a un camaleón, cambiaba de color con frecuencia, provocó numerosos y variados comentarios. Unas mañanas era de un rojo oscuro (casi cobrizo); otras, tornábase bermellón; más tarde, de un púrpura violento y en una ocasión, en que se reunieron para decir las oraciones familiares, con arreglo a los simples ritos de la Iglesia Episcopal Reformada Americana Independiente, la encontraron de un brillante verde esmeralda. Estos cambios caleidoscópicos regocijaban a la familia extraordinariamente y con este motivo se cruzaban apuestas todas las noches. La única persona que no tomaba parte en estas bromas era la dulce

Virginia, que, por razones inexplicables, se sentía muy afligida cuando veía la mancha de sangre, y la mañana que apareció verde esmeralda estuvo a punto de llorar.

El fantasma hizo su segunda aparición el domingo por la noche.

Hacía poco que se había acostado toda la familia, cuando se produjo una gran alarma, causada por un estrépito horroroso procedente del vestíbulo. Bajaron precipitadamente y se encontraron con que una gran armadura se había desplomado y todas las piezas estaban desperdigadas por el pavimento, mientras el fantasma de Canterville se frotaba las rodillas con expresión de agudo dolor. Los gemelos, que llevaban consigo sus cerbatanas, le dispararon dos proyectiles con esa puntería que sólo se adquiere mediante una larga y concienzuda práctica contra el pasante desde los pupitres de la escuela, mientras el Ministro de los Estados Unidos le enfilaba con su revólver y, con arreglo a la fórmula californiana, le invitaba a levantar las manos en alto.

El fantasma se incorporó bruscamente, con un alarido de rabia y se desvaneció ante sus ojos como una niebla, apagando al pasar la bujía que llevaba Washington Otis y dejándolos sumidos en la más completa oscuridad.

Al llegar a lo alto de la escalera, se recobró y decidióse a ensayar su célebre y satánica carcajada, que en más de una ocasión le fuera extremadamente útil.

Se cuenta que bastó para hacer encanecer en una sola noche la peluca de Lord Raker y fue, sin ningún género de duda, causa de que se despidiesen antes del mes reglamentario tres institutrices francesas de Lady Canterville.

Comenzó, pues, a reír, con su más horrenda risa, hasta hacer resonar las viejas bóvedas; pero, apenas se habían extinguido tan pavorosos ecos, cuando se abrió una puerta y apareció Mrs. Otis, envuelta en una bata azul celeste.

—Temo que se encuentre usted indispuesto —dijo—, y aquí le traigo un frasco de tintura del Dr. Dobell. Si se trata de una indigestión verá usted cómo le alivia.

El fantasma le lanzó una mirada furiosa y comenzó a hacer los preparativos necesarios para transformarse en un enorme perro negro; hazaña que le había procurado justa fama y a la que siempre atribuyó el médico de la familia la idiotez incurable del tío de Lord Canterville, el honorable Thomas Horton. Pero un rumor de pasos que se aproximaban le hizo desistir de sus diabólicos propósitos; contentóse con hacerse vagamente fosforescente, desvaneciéndose al fin con un tétrico gemido en el momento en que los gemelos se le venían ya encima.

Al entrar en sus habitaciones, se sintió completamente abatido y cayó presa de la más violenta agitación. La vulgaridad de los gemelos y el grosero materialismo de Mrs. Otis, eran sin duda extraordinariamente desagradables; pero lo que más le afligía era el no poder soportar ya la cota de mallas. Había contado con que aun tratándose de norteamericanos a la moderna, la aparición de un Espectro con Armas, les haría

estremecerse, aunque sólo fuera por respeto al poeta nacional Longfellow, cuya poesía graciosa y sugestiva en más de una ocasión le había ayudado a matar el tiempo, cuando los Canterville estaban en la ciudad. Además, se trataba de su propia armadura. La había llevado con gran éxito en el torneo de Kenilworth, donde fue elogiado nada menos que por la Reina Virgen[6]. Pero cuando quiso ponérsela, se había sentido materialmente aplastado bajo el peso de la coraza y del yelmo de acero y había caído pesadamente sobre el pavimento, desollándose las rodillas y magullándose los nudillos de la mano derecha.

Durante algunos días estuvo muy enfermo y apenas si se movió de su habitación, como no fuera para mantener la mancha en buen estado. No obstante, a fuerza de cuidados, acabó por restablecerse y decidió hacer una tercera tentativa para aterrorizar al Ministro de los Estados Unidos y familia. Escogió para su aparición el viernes 17 de agosto y dedicó la mayor parte del día a revisar su guardarropa, decidiéndose al fin por un sombrero gacho de pluma roja, un sudario escarolado en las muñecas y el cuello y un puñal herrumbroso. Anochecido se desencadenó una terrible tormenta. El viento era tan fuerte, que todas las puertas y ventanas de la antigua morada crujían y retemblaban.

El tiempo, en suma, le convenía; su plan era el siguiente: se introduciría sigilosamente en el cuarto de Washington Otis, le farfullaría unas palabras indistintas desde los pies de la cama y le hundiría tres veces el puñal en la garganta, al son de una música apagada. Profesaba particular ojeriza a Washington, porque sabía que era él quien hacía desaparecer obstinadamente la famosa mancha de sangre, por medio del quitamanchas *Champion*.

Después de haber reducido al insensato y temerario joven a un estado de terror abyecto, se dirigiría a la habitación que ocupaban el Ministro de los Estados Unidos y su esposa y una vez allí posaría una mano viscosa sobre la frente de Mrs. Otis, mientras murmuraría al oído de su trémulo cónyuge los secretos terribles del osario. Con respecto a Virginia, aún no tenía pensado nada. Nunca le había dirigido el menor insulto y además, ¡era tan bonita y tan dulce! Algunos gruñidos cavernosos desde el ropero, pensó, serían más que suficiente; pero si no lograban despertarla, siempre podría arañar la colcha con dedos retorcidos por la parálisis. En cuanto a los gemelos, estaba absolutamente decidido a darles una lección. En primer lugar, se sentaría sobre sus pechos, para darles una sensación angustiosa de pesadilla; luego, como sus camas estaban una junto a otra, se situaría entre ellas, bajo la forma de cadáver verdoso y glacial, y allí permanecería hasta dejarlos petrificados de terror; y, por último, se despojaría del sudario y se arrastraría alrededor de la alcoba, transformado en un esqueleto, con un solo ojo girándole en la órbita, en el papel de *Daniel el Mudo o el Esqueleto del Suicida*, que más de una vez produjera sensación y tan admirable como su famosa interpretación de *Martín el Maniático o el Misterio Enmascarado*.

A las diez y media, oyó que la familia se retiraba a descansar. Durante algún tiempo se sintió inquieto por los alaridos y la risa de los gemelos, que, con la natural alegría de los colegiales, jugaban un rato antes de dormir; pero a las once y cuarto todo quedó en reposo y cuando sonó medianoche, se puso en marcha. El búho golpeaba los vidrios de las ventanas, el cuervo crascitaba desde el tejo secular, y el viento vagaba alrededor del castillo, gimiendo como alma en pena; pero la familia Otis dormía inconsciente de su destino, y a pesar de la lluvia y los truenos, oíanse los sonoros ronquidos del Ministro norteamericano. Deslizóse el fantasma furtivamente a través del entablamento y una sonrisa proterva dibujóse en sus labios crueles y arrugados. La luna ocultó su rostro tras una nube cuando le vio pasar ante el mirador grande, donde sus propias armas y las de su esposa asesinada, se destacaban en azur y oro. Como una sombra maligna siguió adelante y las mismas tinieblas parecían retroceder a su paso. Hubo un momento en que creyó oír que le llamaban, y se detuvo; mas era un perro que ladraba desde la Granja Roja y prosiguió su camino, murmurando extrañas maldiciones del siglo XVI y blandiendo a diestro y siniestro su enmohecido puñal en medio de la noche. Por fin llegó al ángulo del corredor que conducía a la habitación del infortunado Washington. Allí se detuvo un momento. El viento agitaba sus largos mechones grises alrededor de su cabeza y retorcía en los más grotescos y fantásticos pliegues el horror indecible de su sudario. En aquel momento sonaron en el reloj las doce y cuarto y sintió que había llegado la hora. Riendo entre dientes, dobló la esquina del corredor; pero apenas lo había hecho, retrocedió lanzando un lastimero gemido de terror y ocultóse el rostro lívido entre sus manos largas y huesudas. ¡He aquí que ante él se erguía un horrible espectro, inmóvil como una estatua, monstruoso como la pesadilla de un loco! Su cabeza era calva y reluciente y su rostro redondo, adiposo y lívido; una risa espantosa parecía haber contraído sus rasgos en una mueca eterna. Sus ojos despedían rayos de luz escarlata, la boca parecía un abismo de fuego y un traje horrible, semejante al suyo, envolvía en su nieve silenciosa aquella forma de Titán. Colgaba de su pecho un enorme cartel con una extraña inscripción en caracteres antiguos; algún estigma de vergüenza, sin duda, acaso una relación de horrendos pecados, un monstruoso calendario de crímenes, quizás; con su mano derecha, mantenía en alto una cimitarra de deslumbrante acero.

Como hasta entonces no había visto un fantasma, se sintió lógica y terriblemente amedrentado; y después de lanzar otra ojeada rápida al horroroso espectro, huyó hacia su habitación, pisándose el sudario y dando traspiés, según corría por los pasillos, y acabando por perder el puñal herrumbroso que fue a caer dentro de una de las grandes botas del Ministro, donde lo encontró a la mañana siguiente el mayordomo. Una vez que se hubo refugiado en su cuarto, se arrojó sobre el jergón de su lecho y ocultó la cabeza entre las sábanas. Poco después, sin embargo, se reintegró al antiguo y denodado ánimo de los Canterville y decidió hablar al otro fantasma, tan

pronto como amaneciera.

Consecuentemente, apenas la aurora plateaba las cimas de los montes, dirigióse hacia el sitio en que sus ojos habían contemplado por primera vez al espantoso fantasma, pensando que, después de todo, dos fantasmas valían más que uno y que, con la ayuda de su nuevo amigo, podría luchar más confiadamente con los gemelos. Pero, cuando hubo llegado, un espectáculo desolador se ofreció a sus ojos. Evidentemente, algo le había sucedido al espectro, pues la luz había huido de las cuencas de sus ojos, el alfanje relumbrante había caído de sus manos y su cuerpo se apoyaba contra el muro en una actitud incómoda y violenta. Se precipitó hacia el espectro y le cogió en sus brazos, quedando horrorizado al ver que su cabeza se desprendía y rodaba por el suelo, mientras el cuerpo se desplomaba y él, el auténtico, se daba cuenta de que estaba abrazado a una cortina blanca de cama y que una escoba, una cuchilla de cocina y una calabaza ahuecada yacían a sus pies. Incapaz de comprender tan curiosa transformación, se apoderó del cartel con mano febril, y, a la indecisa claridad del alba, leyó estas terribles palabras:

EL FANTASMA OTIS
Único espectro verdadero
y original.
Desconfiad de imitadores.
Todos los otros son
falsificadores.

Comprendió toda la verdad. ¡Había sido burlado, mistificado, ultrajado! El mirar de los antiguos Canterville reapareció en sus ojos; apretó con rabia sus desdentadas mandíbulas y elevando sus manos descamadas juró, con arreglo a la fórmula pintoresca de la antigua escuela, que cuando el canto optimista del gallo sonara dos veces, sucedería algo tremendo y la muerte abandonaría su retiro con pies silenciosos. Apenas había acabado de pronunciar tan terrible juramento, cuando del rojo tejado de una alquería lejana se elevó el canto de un gallo. Rió prolongada y quedamente, con risa amarga, y esperó. Hora tras hora permaneció esperando; pero el gallo, no se sabe por qué misteriosas razones, no volvió a cantar. Por fin, a eso de las siete y media, la llegada de las fámulas le hizo renunciar a su pavorosa vigilia y reintegróse a su habitación, meditando sobre sus vanas esperanzas y sus fallidos propósitos. Una vez allí, consultó los antiguos libros de caballería, a los que era muy aficionado, y pudo comprobar que el gallo había cantado por dos veces siempre que se empleó tal juramento.

—«¡El diablo cargue con ese maldito avechucho! —murmuró—. En mis buenos tiempos, me hubiera precipitado contra él, lanza en ristre, y le hubiera hecho cantar

de nuevo, aunque fuese en las agonías de la muerte.»
Dicho esto, retiróse a un confortable ataúd de plomo, y allí permaneció hasta el anochecer.

IV

Al día siguiente, sentíase el fantasma muy débil y muy fatigado. La vida de excitación que llevaba desde hacía cuatro semanas comenzaba a surtir sus efectos. Tenía los nervios completamente desquiciados y el menor ruido le hacía sobresaltarse. Durante cinco días permaneció en sus habitaciones, decidiéndose a renunciar por último a la mancha de sangre de la biblioteca. Si la familia Otis no la necesitaba, era indudablemente indigna de ella. Eran, sin duda alguna, gente de un nivel de vida inferior y materialista, incapaces de apreciar el valor simbólico de los fenómenos sensibles. La cuestión de las apariciones y el desarrollo de los cuerpos astrales era ya otra cosa y completamente ajena a ellos. Era deber suyo ineludible manifestarse en la galena una vez por semana y farfullar desde el ancho mirador todos los viernes primero y tercero de cada mes y la verdad es que no veía medio de eludir honrosamente sus obligaciones. Es cierto que su vida había dejado mucho que desear; pero en cambio, tenía suma conciencia en todo lo relacionado con lo sobrenatural.
Consecuentemente, durante los tres sábados que siguieron, cruzó la galería como de costumbre, entre media noche y las tres de la madrugada, tomando todo género de precauciones para no ser visto ni oído. Se despojaba de las botas y caminaba lo más levemente que podía sobre el viejo entarimado carcomido; poníase una amplia capa de terciopelo negro que le cubría por completo y tenía buen cuidado de engrasar las cadenas con el lubrificante *Rising Sun*; pero es preciso reconocer que sólo tras prolongadas vacilaciones se decidió a adoptar este último medio de protección, aprovechando una noche que la familia se hallaba reunida en el comedor, para deslizarse en la alcoba de Mr. Otis y hurtar el frasco.
En un principio sintióse algo humillado, pero luego fue lo suficientemente razonable para comprender que aquel invento merecía todos los elogios y que, en cierto modo, favorecía sus planes; mas, a pesar de su irreprochable conducta, no le dejaban tranquilo.

Le ponían cuerdas atravesadas en el pasillo, que le hacían tropezar en la oscuridad y en una ocasión que se había ataviado para el carácter de *Isaac el Negro o el Cazador de los Bosques de Hogley*, se dio un tremendo batacazo al pisar en un «resbaladero» saturado de mantequilla que habían dispuesto los gemelos, desde la entrada de la Estancia de los Tapices hasta la meseta superior de la escalera. Este último agravio le irritó de tal modo, que decidió hacer un último esfuerzo para afirmar su dignidad y situación social, determinando visitar a los dos jóvenes la noche próxima en su famoso papel de *Rupert el Temerario, o el Conde Descabezado*.

Hacía más de setenta años que no había usado este disfraz, o sea desde el día en que por medio de él había asustado de tal manera a la encantadora Lady Barbara Modish, que le hizo romper sus relaciones con el bisabuelo del actual Lord Canterville y fugarse a Gretna Green con el apuesto Jack Castleton, después de declarar que por nada del mundo accedería a formar parte de una familia que permitía a un fantasma tan horrible pasearse por la terraza al anochecer. El pobre Jack fue muerto poco después por Lord Canterville en un duelo a pistola efectuado en Wandsworth, en tanto que Lady Barbara moría de dolor en Tunbridge Wells, antes de que transcurriera un año; de manera que había sido en todos los conceptos un éxito completo. Era, sin embargo, un papel de muy difícil *caracterización*, si se me permite emplear semejante expresión escénica en relación con uno de los más grandes misterios de lo sobrenatural, o para hablar en términos más científicos, del mundo extrafísico, y necesitó más de tres horas para llevar a cabo todos los preparativos.

Al fin, estuvo listo y la verdad es que quedó muy contento de su apariencia. Las grandes botas de montar, que hacían juego con el traje, le estaban un tanto holgadas y sólo logró encontrar una de las dos pistolas de arzón; pero, en conjunto, quedó completamente satisfecho, y a la una y cuarto en punto se filtró a través de la pared en dirección a la galería. Al llegar a la habitación ocupada por los gemelos, llamada la Alcoba Azul, por el color de sus colgaduras, se encontró con la puerta justamente entornada. Deseando hacer una entrada sensacional la abrió bruscamente de par en par, recibiendo a continuación un gran jarro de agua que le caló hasta los huesos, faltando muy poco para que le hundiera el hombro izquierdo.

Acto seguido, oyó ahogadas risas procedentes de la cama de matrimonio; sus nervios sufrieron una sacudida tan violenta, que huyó hacia la habitación lo más rápido que pudo y al día siguiente se vio obligado a guardar cama a consecuencia de un fuerte resfriado.

Lo único que le consolaba en todo aquello era el no haber llevado consigo su cabeza, pues, de haberlo hecho, las consecuencias hubieran podido ser mucho más serias.

Renunció desde entonces a toda esperanza de amedrentar a aquella grosera familia americana y se limitó a recorrer los pasillos calzado de silenciosas babuchas, con una espesa bufanda roja liada al cuello, por temor a las corrientes y armado de un arcabuz

en previsión de posibles agresiones de los gemelos. Pero aún faltaba el golpe de gracia; y sobrevino el 19 de septiembre. Había bajado al vestíbulo pensando que allí al menos estaría seguro de no ser molestado y se distraía haciendo irónicas observaciones sobre las grandes fotografías Saroni del Ministro de los Estados Unidos y su esposa, que ocupaban ahora el lugar de los antiguos retratos de familia de los Canterville. Iba vestido sencilla pero decorosamente, con un amplio sudario moteado del verdín de los cementerios; se había sujetado las mandíbulas con una tira de lienzo amarillo y llevaba consigo una linterna sorda y un azadón de sepulturero. En una palabra, iba ataviado de *Jonás el Insepulto o el Ladrón de cadáveres de la Granja de Chertsey*, una de sus más notables creaciones, que por más de un motivo jamás olvidarían los Canterville, pues fue la verdadera causa de la querella que tuvieron con su vecino Lord Rufford.

Eran, poco más o menos, las dos y cuarto de la madrugada y, al parecer, todo reposaba en el castillo. Sin embargo, cuando se dirigía hacia la biblioteca para ver si quedaba algún rastro de la mancha de sangre, de repente se destacaron de un rincón oscuro dos sombras que, agitando furiosamente los brazos sobre sus cabezas, se le vinieron encima, gritándole al oído: ¡BUÚ…! Presa de un terror pánico, cosa nada extraña en semejantes circunstancias, se precipitó hacia la escalera, donde le aguardaba Washington Otis, con la gran manga de riego. Al verse así acorralado por sus enemigos, se desvaneció a través de la estufa de hierro, que, afortunadamente para él, no estaba encendida, y, a través de las tuberías y conductos de humo, tuvo que abrirse camino hasta su cuarto, al que llegó en un estado terrible de suciedad, desorden y desesperación.

Después de lo sucedido, no volvió a emprender nueva expedición nocturna. Los gemelos le estuvieron acechando en varias ocasiones y sembraron los corredores con cáscaras de nuez, noche tras noche, con gran indignación de sus progenitores y de los criados; pero todo fue en vano. Era evidente que su amor propio se sentía tan mortificado, que había decidido no reaparecer. Mr. Otis volvió, por tanto, a enfrascarse en su gran obra sobre la historia del Partido Democrático, que comenzara hacía tres años; Mrs. Otis organizó un *picnic*, que fue el asombro de toda la comarca; los muchachos se dedicaron a jugar al *lacrosse*, al *euchre*, al *poker* y demás juegos nacionales de Norteamérica, y Virginia a pasear a caballo, por los alrededores en compañía del duquesito de Cheshire, que vino a pasar en el castillo Canterville la última semana de vacaciones. Era opinión general que el fantasma había desaparecido y, con este motivo, Mr. Otis escribió una carta a Lord Canterville, quien le contestó congratulándose de la noticia y enviando sus más devotos saludos a la digna señora del Ministro.

Equivocábanse, sin embargo, los Otis, pues el fantasma seguía habitando el castillo; y, aunque inválido por el momento, no se sentía de ningún modo dispuesto a que las

cosas quedaran así; particularmente, cuando supo que entre los invitados se encontraba el duquesito de Cheshire, cuyo tío abuelo Lord Francis Stilton, había apostado en una ocasión cien guineas con el coronel Carbury a que jugaría a los dados con el fantasma de Canterville, hallándose al día siguiente tendido en el suelo de la sala de juego, con un ataque de parálisis tal, que, aunque llegó a una edad avanzada, no pudo desde entonces pronunciar otras palabras que «¡El seis doble!» El caso fue muy comentado en su tiempo, aunque, como es natural, por respeto a los sentimientos de dos familias nobles, se hizo todo lo posible por ocultarlo, pudiendo hallarse una relación minuciosa de todas las circunstancias relacionadas con este asunto, en el tercer tomo de las *Memorias de Lord Tattle sobre el Príncipe Regente y sus Amigos*. El fantasma, por tanto, sentíase naturalmente anheloso de demostrar que no había perdido su influencia sobre los Stilton, con los que, además, le unía un lejano parentesco, pues una prima hermana suya había estado casada en segundas nupcias con el señor Bulkeley, del que, como todo el mundo sabe, descienden en línea recta los Duques de Cheshire.

Hizo, en consecuencia, todos sus preparativos para aparecerse al enamorado de Virginia en su famosa creación de *El Monje Vampiro* o *El Benedictino Exangüe*, interpretación tan horrible, que cuando la anciana Lady Startup la presenció una noche fatal del Año Nuevo de 1764, estalló en los más penetrantes alaridos, que culminaron en un violento ataque de apoplejía del que falleció a los tres días, después de desheredar a los Canterville, sus parientes más próximos, y de legar toda su fortuna a su farmacéutico de Londres.

A última hora, sin embargo, el terror que le inspiraban los gemelos hizo que no abandonara sus habitaciones y el duquesito pudo dormir en paz bajo el dosel de plumas del dormitorio Real y soñar con Virginia, apaciblemente.

V

Pocos días después, Virginia y su enamorado caballero salieron a pasear por las praderas de Brockley, donde, al franquear un seto, se desgarró la muchacha de tal manera la amazona, que al volver a casa decidió subir por la escalera interior a fin de no ser vista. Al pasar corriendo ante la Estancia de los Tapices, como diera la casualidad de que la puerta estuviese abierta, le pareció ver a alguien en el interior y

pensando que podía ser la doncella de su madre, entró con la idea de pedirle que le cosiera el traje. Pero, con gran sorpresa suya, se encontró con el fantasma de Canterville en persona. Estaba sentado junto a la ventana contemplando el oro marchito de los árboles otoñales y las hojas cobrizas que danzaban frenéticamente avenida abajo, en brazos del viento. Tenía la cabeza apoyada en una mano y toda su actitud expresaba el más completo abatimiento.

Tan decaído y tan postrado era su aspecto, que la pequeña Virginia, cuya primera idea había sido correr a encerrarse en su cuarto, se sintió apiadada y decidió tratar de consolarle. Mas era su andar tan ligero y tan profunda la melancolía del fantasma, que éste no se dio cuenta de su presencia hasta que Virginia le habló.

—Crea usted que siento mucho todo lo sucedido —comenzó—, pero mis hermanos vuelven a Eton mañana y de aquí en adelante, si se porta usted bien, nadie le molestará.

—Es absurdo aconsejarme que me porte bien; —contestó el fantasma, mirando lleno de sorpresa a la encantadora muchacha, que se había aventurado a interpelarle—, completamente absurdo. Yo necesito hacer rechinar mis cadenas, gemir a través de las cerraduras y pasearme durante la noche; si es a esto a lo que usted se refiere. Es mi única razón de ser.

—No es de ningún modo una razón de ser y bien sabe que ha sido usted muy malo. Mrs. Umney nos dijo el día que llegamos aquí, que había usted matado a su señora.

—Sí señor, de acuerdo —dijo el fantasma con petulancia—; pero fue un asunto puramente familiar, que a nadie incumbe.

—Está muy mal matar —dijo Virginia, que de vez en cuando sacaba una dulce gravedad puritana, sin duda heredada de algún antepasado de la Nueva Inglaterra.

—¡Ah, detesto la severidad barata de la ética abstracta! Mi mujer era vulgarísima; jamás me tenía las golas bien almidonadas y no entendía una palabra de cocina. Figúrese usted que un día maté un gamo en los bosques de Hogley, una magnífica pieza. Pues bien, ¿quiere usted saber cómo me lo presentó a la mesa?… Pero, en fin, poco importa ya, puesto que es cosa pasada. Aunque la verdad es que no creo estuviese nada bien, por parte de sus hermanos, dejarme morir de hambre, aunque yo la matara.

—¿Matarle de hambre? ¡Oh! Señor fantasma; quiero decir, Sir Simon; ¿tiene usted hambre? ¿No querría usted un emparedado que tengo en el costurero?

—No, gracias; ahora nunca como nada; pero, de todos modos, es usted muy amable; mucho más simpática que el resto de su horrible, grosera, ordinaria y poco honorable familia.

—¡Alto ahí! —gritó Virginia, dando con el pie en tierra—, usted sí que es grosero, horrible y ordinario, y en cuanto a poca honorabilidad, debo recordarle que me ha robado todos los colores de mi caja de pinturas, para mantener esa ridícula mancha de

sangre de la biblioteca. Empezó usted hurtándome los rojos, incluso el bermellón, y me impidió pintar nuevas puestas de sol; luego se llevó usted el verde esmeralda y el amarillo, acabando por no dejarme más que el índigo y el blanco de china; de manera que sólo podía pintar escenas a la luz de la luna, que siempre son deprimentes y nada fáciles de pintar. Ya sabe usted que nada le he dicho, aunque le aseguro que no me hacía ninguna gracia. Sin contar con que la cosa era en extremo ridícula; porque, ¿quién ha visto nunca una mancha de sangre color verde esmeralda?

—Conforme —reconoció el fantasma, con cierta docilidad—; pero, ¿qué otra cosa podía hacer? Es realmente muy difícil hoy día procurarse sangre auténtica y como su hermano fue quien empezó con su quitamanchas *Champion*, no veo por qué razón no iba a poder yo usar sus pinturas. En cuanto al color, es cuestión de gustos. Además, los Canterville tienen sangre azul; la más azul de Inglaterra… Pero, ya sé que ustedes los americanos no dan importancia a esas cosas.

—No sabe usted una palabra de los americanos y lo mejor que podría hacer es emigrar y aprender. Mi padre tendrá mucho gusto en facilitarle un pasaje gratis y aunque los derechos de aduana correspondientes a los espíritus, sean de la clase que sean, son muy elevados, no tendría usted grandes dificultades para pasar, pues todos los empleados son del partido demócrata. Y una vez en Nueva York, puede usted estar seguro de que tendría un gran éxito. Conozco mucha gente que daría cien mil dólares por tener un abuelo y muchísimo más por un fantasma de familia.

—No creo que me gustasen gran cosa los Estados Unidos…

—¿Porque no tenemos ruinas ni curiosidades? —preguntó irónicamente Virginia.

—¿Que no tienen ruinas y curiosidades? Pues, ¿y su marina y sus modales?

—Buenas noches; voy a pedir a papá que conceda otra semana de vacaciones a los gemelos.

—¡No, por favor, señorita! —imploró el fantasma—. ¡Estoy tan solo y soy tan desgraciado, que realmente no sé lo que digo! Quisiera dormir y no puedo.

—¡Pero es absurdo! Bastaría con que se acostase usted y apagara la vela. A veces, es muy difícil estar despierto, sobre todo en misa; pero, para dormir me parece que no hay dificultad. Hasta los niños pequeños lo saben, eso que no son muy inteligentes que digamos.

—No he dormido desde hace trescientos años —dijo tristemente el fantasma, mientras los hermosos ojos azules de Virginia se dilataban de asombro—. Desde hace trescientos años no he dormido y me siento muy cansado.

Virginia se puso seria y sus labios temblaron como pétalos de rosa. Acercándose a él y arrodillándose a su lado, contempló su vieja faz arrugada.

—¡Pobre, pobre fantasma! —murmuró—. ¿No tiene usted donde poder dormir?

—Allá lejos, más allá del pinar —murmuró el fantasma en voz queda y soñadora—, hay un jardín pequeño; crece en él una hierba espesa y alta; en él se abren las pálidas

estrellas de la cicuta; en él canta el ruiseñor toda la noche. Toda la noche canta y la fría luna de cristal mira hacia abajo y el tejo secular extiende sus brazos gigantescos sobre sus durmientes…

Los ojos de Virginia se humedecieron de lágrimas y ocultó el rostro entre las manos.

—El Jardín de la Muerte, queréis decir —murmuró.

—Sí, de la Muerte. La Muerte, ¡debe de ser tan hermosa! Descansar sobre la tierra oscura y suave, bajo la hierba acariciada por el aire y escuchar el silencio… No tener ni ayer, ni mañana. Olvidar el tiempo, perdonar la vida, reposar en paz… Usted puede ayudarme. Usted puede abrirme las puertas de la Muerte, porque el Amor está siempre al lado de usted y el Amor es más fuerte que la Muerte.

Virginia tembló. Sintió un calofrío helado que recorría su cuerpo y durante breves instantes reinó un gran silencio. Parecíale como si fuera presa de una terrible pesadilla.

Luego el fantasma habló de nuevo y su voz era semejante al suspirar del viento.

—¿Ha leído usted alguna vez la antigua profecía inscrita sobre la vidriera de la biblioteca?

—¡Oh, muchas veces! —exclamó la muchacha, mirándole—. La conozco muy bien. Está pintada en unas letras negras muy raras y es muy difícil de leer. Son no más que seis líneas:

«Cuando una virgen rubia haga brotar
De labios del pecado una oración;
Cuando el almendro seco dé su flor,
Y un niño sus lágrimas derrame,
Tranquila entonces la casa quedará,
Y la paz a Canterville volverá.»

Pero no sé lo que significa.

—Significa —dijo tristemente— que debe usted llorar conmigo mis pecados, porque yo no tengo lágrimas; y orar conmigo por mi alma, porque yo no tengo fe; y entonces, si ha sido usted siempre dulce, buena y amable, el Ángel de la Muerte tendrá piedad de mí. Verá usted seres monstruosos en las tinieblas y voces malignas murmurarán a su oído; pero no podrán nada contra usted, porque contra la pureza de una virgen, los poderes del Infierno no pueden prevalecer.

Virginia no contestó y el fantasma se retorció desesperado las manos al contemplar su cabeza rubia inclinada. Pero, de pronto, la muchacha se puso en pie, muy pálida, y con una extraña luz en los ojos, exclamó con firmeza:

—No tengo miedo. Pediré al Ángel que tenga compasión de usted.

El fantasma se levantó de su asiento, lanzando un grito de alegría, y tomándola de la

mano, e inclinándose con una cortesía que recordaba tiempos pasados, puso en ellas sus labios. Sus dedos estaban helados y sus labios eran como de fuego; pero Virginia no desfalleció mientras era conducida a través de la estancia sombría.

Sobre un tapiz de un verde descolorido aparecían bordados unos cazadores que al paso de ella soplaron en sus cuernos y le hicieron señas de que volviera atrás.

«No sigas, Virginia —gritaban—, no sigas.»

Pero el fantasma le apretó más fuerte la mano y ella cerró los ojos para no verlos. Monstruos horribles con cola de lagarto y ojos saltones hacíanle muecas desde la esculpida chimenea y murmuraban:

«¡Cuidado, Virginia, cuidado! ¡Quizás no te volvamos a ver!»

Pero el fantasma se deslizaba más rápidamente y Virginia no les prestaba oído. Cuando llegaron al final de la estancia, el fantasma se detuvo y murmuró algunas palabras, que Virginia no pudo entender. Abrió entonces los ojos y vio que el muro se desvanecía lentamente como una bruma y una oscura caverna se abría ante ella. Un vendaval helado les envolvió y Virginia sintió que alguien le tiraba del vestido.

—¡Deprisa, deprisa —gritó el fantasma—, o será demasiado tarde!

Y en un abrir y cerrar de ojos, el muro se cerró tras ellos y la estancia de las tapicerías quedó vacía.

VI

Unos diez minutos después sonó la campana para el té y, como Virginia no bajase, Mrs. Otis envió a uno de los criados a avisarle. El criado volvió al poco y dijo que no había logrado encontrar a Miss Virginia por ninguna parte. Como tenía la costumbre de ir todas las tardes al jardín a coger flores para la cena, Mrs. Otis no se alarmó al principio; pero como dieran las seis y Virginia no apareciese, sintióse realmente intranquila y envió a los muchachos en busca suya, mientras ella y Mr. Otis la buscaban por toda la casa. A las seis y media volvieron los muchachos y dijeron que no habían logrado encontrar ni el más leve rastro de su hermana. Habían llegado todos al mayor grado de excitación y no sabían qué hacer, cuando Mr. Otis recordó de repente que hacía algunos días había dado permiso a una banda de gitanos para que acampasen en el parque; se encaminó, sin pérdida de tiempo, hacia Blackfell Hollow, donde sabía que se hallaban, acompañado de su hijo mayor y de dos mozos de la

alquería. El duquesito de Cheshire, que estaba loco de ansiedad, suplicó que le permitieran acompañarlos; pero Mr. Otis no se lo consintió por temor a lo que pudiera suceder. Pero al llegar al lugar en cuestión, se encontraron con que los gitanos habían partido, siendo evidente que la marcha había sido precipitada, pues las hogueras aún estaban encendidas y algunos platos diseminados sobre la hierba. Después de ordenar a Washington y a los dos mozos que recorrieran los alrededores, se dirigió precipitadamente al castillo y desde allí telegrafió a todos los inspectoras de policía de la provincia, encargando se buscara a una muchacha que había sido raptada por unos vagabundos gitanos. Luego ordenó que le trajeran de nuevo su caballo y después de haber encargado insistentemente a su mujer y a los tres muchachos que cenasen, se fue a todo galope por el camino de Ascot con un lacayo. Apenas llevaban recorridas un par de millas, cuando sintió que alguien galopaba tras él y, volviéndose, vio al duquesito que se acercaba sobre su jaca, con el rostro encendido y sin nada en la cabeza.
—Lo siento mucho, Mr. Otis —dijo el mozo con voz entrecortada—; pero no me será posible cenar mientras Virginia no aparezca. No se enfade usted conmigo, se lo ruego; si hubiera usted permitido que tuviésemos relaciones el año pasado, no hubiera sucedido esto. Pero, ¿no me mandará usted volverme, verdad? Porque no podría… no querría.
El Ministro no pudo por menos de sonreír al escuchar las palabras del joven y hermoso pisaverde, conmoviéndole en extremo el afecto que demostraba por Virginia e, inclinándose, le dio cariñosamente unos golpecitos en el hombro, y dijo:
—Está bien, Cecil; si no quiere usted volverse venga conmigo; pero será preciso que compremos un sombrero al llegar a Ascot.
—¡Al diablo el sombrero! Lo que necesito es encontrar a Virginia —exclamó riendo el duquesito y galoparon hacia la estación.
Una vez allí, Mr. Otis preguntó al jefe si había visto en el andén alguna muchacha que respondiera a las señas de Virginia; pero el jefe no pudo darle razón. No obstante, telegrafió a todas las estaciones de la línea y aseguró que se ejercería una estrecha vigilancia. Así, después de haber comprado un sombrero para el duquesito en una tienda que estaba ya cerrando, Mr. Otis decidió llegar hasta Bexley, un pueblo a unas cuantas millas de distancia, que, según parece, era lugar muy frecuentado por los gitanos a causa de su cercanía a la ciudad. Allí despertaron al guarda rural, quien no pudo facilitarles información alguna; y después de haber recorrido toda la localidad, se volvieron por donde habían venido y llegaron al castillo alrededor de las once, muertos de cansancio y transidos de dolor. Washington y los gemelos les esperaban con linternas a la puerta, iluminando vagamente la oscura avenida. Tampoco ellos habían logrado descubrir el menor rastro de Virginia. Los gitanos fueron alcanzados en las praderas de Brockley; pero Virginia no estaba con ellos y, por otra parte,

habían justificado la partida repentina; porque, habiendo equivocado la fecha en que tenía lugar la feria de Chorton, tuvieron que levantar el campo precipitadamente por temor a llegar tarde.

Además, demostraron gran sentimiento al enterarse de la desaparición de Virginia, agradecidos como estaban a Mr. Otis por haberles permitido acampar en el parque; y cuatro de la tribu se habían quedado rezagados para contribuir a las pesquisas.

Se vació el estanque de las carpas y todo el castillo fue registrado palmo a palmo, sin el menor resultado. Era evidente que, al menos por aquella noche, Virginia estaba perdida para su familia. Y en un estado de profundo abatimiento, Mr. Otis y los muchachos se dirigieron hacia el castillo, seguidos de un criado con los dos caballos y el poney. En el vestíbulo se encontraron con un grupo de servidumbre aterrada y en la biblioteca, tendida sobre un diván, yacía la pobre Mrs. Otis casi fuera de sí de ansiedad y terror, con la doncella a la cabecera, humedeciéndole de continuo la frente con agua de colonia. Mr. Otis, acto seguido, insistió en que debía tomar algo sólido, y ordenó que sirvieran la cena para todos. Fue una comida fúnebre, en la que apenas se despegaron los labios; los mismos gemelos querían demasiado a su hermana para no sentirse consternados.

Cuando hubieron terminado, Mr. Otis, a pesar de las súplicas del duquesito, mandó que todo el mundo se fuera a la cama, diciendo que no se podía hacer ya nada aquella noche y que telegrafiaría por la mañana a Scotland Yard, pidiendo que le mandaran inmediatamente algunos detectives.

Pero en el momento preciso en que salían del comedor, comenzaban a dar las doce en el reloj de la torre y cuando hubo sonado la última campanada, se oyó de pronto un chasquido y a continuación un grito agudísimo; un trueno pavoroso hizo retemblar el castillo; una música ultraterrena lo invadió todo; un tabique del rellano de la escalera se hundió ruidosamente y en el espacio abierto apareció Virginia, muy pálida y muy blanca, con un cofrecillo en la mano. Súbitamente se precipitaron todos hacia ella. Mrs. Otis la estrechó apasionadamente entre sus brazos, el duquesito casi la asfixió a besos, y los gemelos ejecutaron una danza salvaje de guerra en torno al grupo.

—¡Alabado sea Dios, hija mía! ¿Dónde has estado? —dijo Mr. Otis, no sin cierta irritación, a la idea de que todo había sido una broma insensata—. Cecil y yo hemos recorrido toda la comarca a galope en busca tuya y tu madre ha estado a punto de morir del susto. ¡Que no se vuelvan a repetir estas bromas!

—¡Nada de bromas, como no sea al fantasma! —gritaron los gemelos, haciendo cabriolas.

—Gracias a Dios que te hemos encontrado, hija mía; ya no te separarás nunca de mi lado —murmuró Mrs. Otis besando a la trémula muchacha y alisando el oro, un tanto enmarañado, de sus cabellos.

—Papá —dijo Virginia dulcemente— he estado con el fantasma. Ha muerto y tenéis

que venir a verle. Fue muy malo; pero se ha arrepentido sinceramente de todo lo que hizo y me ha regalado este cofrecillo de joyas antes de morir. Toda la familia la contempló muda de asombro, pero Virginia estaba muy grave y muy seria y volviéndose hacia la abertura por donde apareciera, les condujo, a través del muro, por un estrecho corredor secreto; Washington, que llevaba en la mano una bujía encendida que cogiera de la mesa, venía el último. Por fin llegaron ante una gran puerta de roble tachonada de clavos herrumbrosos.

Apenas Virginia la hubo tocado giró sobre sus pesados goznes, abriéndoles paso a una reducida cámara abovedada, que iluminaba una ventanita con rejas. Empotrada en la pared había una gran argolla de hierro y sujeto a ella por una cadena un esqueleto amarillento, tendido todo lo largo sobre el suelo, en actitud de querer alcanzar con sus largos dedos descamados una escudilla y una jarra colocadas lo justo fuera de su alcance.

La jarra, evidentemente, había estado llena de agua en otro tiempo, pues su interior estaba tapizado de verdín. En la escudilla, sólo se percibía un montón de polvo. Virginia se arrodilló junto al esqueleto y juntando las manos comenzó a rezar en silencio, mientras los demás contemplaban llenos de asombro la terrible tragedia, cuyo secreto les era ahora revelado.

—¡Bravo! —gritó de repente uno de los gemelos, que había estado mirando por la ventana para saber en qué parte del castillo estaba situada aquella habitación—. ¡Bravo! El viejo almendro reseco ha florecido. Desde aquí se ven perfectamente las flores a la luz de la luna.

—¡Dios le ha perdonado! —dijo Virginia gravemente, poniéndose en pie. Y una luz maravillosa pareció iluminar su rostro.

—¡Eres un ángel! —gritó el duquesito. Y echándole los brazos al cuello, la besó.

VII

Cuatro días después de tan curiosos sucesos, a eso de las once de la noche, salía un cortejo fúnebre del Castillo de Canterville. La carroza iba arrastrada por ocho caballos negros y cada uno de ellos llevaba un gran penacho de plumas de avestruz sobre la cabeza. El féretro estaba cubierto por un rico paño de púrpura, sobre el cual aparecían bordadas en oro las armas de los Canterville. A uno y otro lado de la

carroza y de los coches, caminaban los criados con antorchas encendidas y toda la procesión resultaba en extremo impresionante. Lord Canterville presidía el duelo. Había venido expresamente de Gales para asistir al funeral y ocupaba el primer coche con Miss Virginia. En el segundo iban el Ministro de los Estados Unidos y su señora; en el siguiente Washington y los tres muchachos y en el último Mrs. Umney, pues fue opinión general que, habiendo vivido bajo la influencia aterradora del fantasma durante más de cincuenta años, tenía derecho a verle desaparecer para siempre. Se había cavado una profunda fosa en un rincón del cementerio, justamente bajo el tejo secular, y el Reverendo Augustus Dampier leyó el oficio de difuntos en el tono más solemne. Una vez la ceremonia terminada, los criados apagaron las antorchas, como era tradicional en la familia Canterville, y en el momento en que el féretro era descendido a la fosa, Virginia se adelantó y colocó sobre él una gran cruz de flores de almendro, blancas y rosadas. En aquel preciso instante, la luna surgió tras de una nube, inundando el cementerio con su plata silenciosa y en un lejano matorral comenzó a cantar un ruiseñor. Pensó Virginia en la descripción que le hiciera el fantasma del Jardín de la Muerte y sus ojos se llenaron de lágrimas; durante el trayecto de regreso apenas pudo pronunciar una palabra.

A la mañana siguiente, antes de que Lord Canterville regresara a la ciudad, Mr. Otis tuvo una entrevista con él, para tratar de las joyas que el fantasma regalara a Virginia. Eran realmente espléndidas; sobre todo un collar de rubíes de antigua montura veneciana, ejemplar soberbio del siglo XVI y de tan gran valor que Mr. Otis sintió considerables escrúpulos en permitir a su hija que lo aceptara.

—Milord —dijo a Lord Canterville—, sé que en este país la Ley del Mayorazgo se aplica lo mismo a los bienes muebles que los inmuebles; es, por tanto, indudable, que estas joyas, siendo bienes muebles, son, o deben ser, consideradas como formando parte de la herencia de su familia. Le ruego a usted, pues, que las lleve consigo a Londres y las considere como una simple porción de su propiedad, restituida en condiciones un tanto extrañas. Por lo que respecta a mi hija, aún es una niña, y puedo asegurar con alegría que no le interesa gran cosa el poseer objetos de lujo inútiles. Sé, además, por Mrs. Otis, cuya autoridad en materia de arte no es desdeñable (pues ha tenido la suerte de pasar en su mocedad varios inviernos en Boston), que estas piedras tienen un gran valor y que si se pusieran a la venta alcanzarían un alto precio. En estas condiciones, reconocerá usted, Lord Canterville, la imposibilidad en que me encuentro de permitir que queden en poder de ningún miembro de mi familia. Sin contar que tan vanos adornos sientan muy bien y hasta son necesarios a la aristocracia inglesa, pero estarían completamente fuera de lugar en quienes han sido educados bajo los principios severos, y a mi juicio inmortales, de la simplicidad republicana. A lo sumo, quizás me atrevería a indicar que Virginia se alegraría mucho de que la permitiese usted conservar el cofrecillo, como recuerdo del que, a pesar de sus

extravíos, fue su infortunado antecesor. Como es muy antiguo y por consiguiente, está en muy mal uso, quizás no tenga usted inconveniente en complacerla. Yo, por mi parte, le aseguro que me sorprende en extremo descubrir que una hija mía siente simpatía por un objeto medieval, fenómeno que sólo me explico por el hecho de haber nacido Virginia en uno de los suburbios de Londres, poco después del regreso de Mrs. Otis de un viaje a Atenas.

Lord Canterville escuchó gravemente el discurso del digno Ministro, atusando su bigote gris de cuando en cuando para ocultar una involuntaria sonrisa y cuando Mr. Otis hubo terminado, estrechóle la mano cordialmente y dijo:

—Mi querido amigo: su encantadora hija ha prestado un gran servicio a mi infeliz antepasado Sir Simon y tanto yo como mi familia nos consideramos obligadísimos para con ella por su maravilloso valor y sangre fría. Las joyas le pertenecen de derecho, sin contar que si yo fuera tan egoísta que me permitiera despojarla de ellas, estoy seguro que el malvado viejo no tardaría ni una quincena en salir de la tumba para hacerme la vida imposible.

»En cuanto a que constituyan parte del mayorazgo, nada que no conste en testamento u otro documento legal cualquiera, puede ser considerado como tal y mucho menos estas joyas cuya existencia era totalmente desconocida hasta ahora.

»Así, le aseguro a usted que tengo el mismo derecho a ellas que su mayordomo y también creo poder asegurarle que cuando Miss Virginia sea mayor, no le disgustará lo más mínimo tener unas cuantas cosas bonitas que ponerse.

»Además, olvida usted, Mr. Otis, que en el precio de venta quedó incluido el valor del fantasma y que, por tanto, todo lo que pudiera pertenecerle pasó a ser propiedad de usted desde aquel mismo momento, pues por muy activo que se mostrara Sir Simon en la galería durante la noche, desde el punto de vista legal, estaba absolutamente muerto y una vez cerrado el trato, quedó de su absoluta propiedad.

A Mr. Otis le disgustó en extremo la negativa de Lord Canterville y le suplicó que meditase de nuevo su decisión; pero el generoso aristócrata se mantuvo firme en ella y acabó por decidir al Ministro a que permitiera a su hija aceptar el regalo que le hizo el fantasma, y cuando en la primavera de 1890, fue presentada en la primera recepción de la Reina con motivo de su boda la joven Duquesa de Cheshire, sus joyas fueron un tema de general admiración. Pues Virginia tuvo su corona, que es el premio con que se recompensa a todas las niñas americanas buenas y tan pronto como tuvo la edad para ello, la casaron con el duquesito. Eran ambos tan encantadores y se querían tanto, que todo el mundo se alegró de este matrimonio, a excepción de la vieja marquesa de Dumbleton, que había intentado atrapar al Duque para una de sus siete niñas solteras, dando nada menos que tres comidas costosísimas con este fin. Aunque parezca extraño, también Mr. Otis constituía otra excepción, pues aunque sintiera extraordinario afecto personal por el duquesito, teóricamente era enemigo de los

títulos y para emplear sus propias palabras: «no dejaba de temer que en medio de las influencias deprimentes de una aristocracia maniática de placer, pudieran olvidarse los verdaderos principios de la simplicidad republicana». Sus objeciones, sin embargo, fueron completamente dominadas y sospecho que, cuando avanzaba del brazo de su hija por la nave de la iglesia de san Jorge, de Hanover Square, no había un hombre más orgulloso en toda Inglaterra de Norte a sur y de Este a Oeste. Una vez pasada la luna de miel, el Duque y la Duquesa se trasladaron al Castillo de Canterville y al día siguiente de la llegada, paseando se dirigieron, al atardecer, hacia el cementerio solitario junto al pinar. En un comienzo, hubo grandes dificultades con respecto a la inscripción que convenía grabar sobre la lápida de Sir Simon; pero al fin se decidió poner simplemente las iniciales de su nombre y los versos de la profecía. La Duquesa había llevado consigo un ramo de magníficas rosas, que esparció sobre la tumba, y luego de haber estado un rato en pie junto a ella, se pusieron a pasear por el claustro ruinoso de la antigua abadía. La Duquesa se sentó sobre una columna caída, mientras su marido, echado a sus pies, fumaba un cigarrillo y contemplaba sus hermosos ojos. De repente, arrojando el cigarrillo, la cogió de la mano y dijo:

—Virginia, una mujer no debe tener secretos para su marido.

—Yo no tengo secretos para ti, querido Cecil.

—Sí, lo tienes —contestó él, sonriendo—. Nunca me dijiste lo que te sucedió cuando estuviste encerrada con el fantasma.

—No se lo he dicho a nadie, Cecil —dijo Virginia gravemente.

—Ya lo sé; pero podías decírmelo a mí.

—No me lo pidas, Cecil, te lo ruego. No podría decírtelo. ¡Pobre Sir Simón! Le debo mucho. Sí, Cecil; no te rías; es verdad. Me hizo comprender lo que es la vida y lo que significa la muerte y por qué el amor es más fuerte que ambas.

El Duque se levantó y besó a su mujer apasionadamente.

—Puedes guardar tu secreto mientras yo posea tu corazón —murmuró.

—Siempre ha sido tuyo, Cecil.

—Y algún día se lo dirás a nuestros hijos, ¿verdad?

Virginia se ruborizó.

El Príncipe Feliz

Dominando la ciudad, sobre una alta columna, se elevaba la estatua del Príncipe Feliz. Era toda dorada, cubierta de tenues hojas de oro fino; tenía, por ojos, dos brillantes zafiros, y un gran rubí rojo centelleaba en el puño de su espada. Todo esto le hacía ser muy admirado.
—Es tan hermoso como una veleta —observaba uno de los concejales de la ciudad, que deseaba granjearse una reputación de hombre de gustos artísticos—, sólo que no es tan útil —añadía, temiendo le tomasen por hombre poco práctico, lo que realmente no era.
—¿Por qué no eres como el Príncipe Feliz? —pregunta una madre sentimental a su hijito, que lloraba pidiendo la luna—. Al Príncipe Feliz nunca se le ocurre llorar por nada.
—Me alegro de que haya alguien en el mundo completamente feliz —murmuraba un desengañado, contemplando la maravillosa estatua.
—Tiene todo el aspecto de un ángel —decían los niños del Hospicio al salir de la Catedral, con sus brillantes capas escarlata y sus limpios delantales blancos.
—¿En qué lo conocéis? —replicaba el profesor de matemáticas—. Nunca visteis ninguno.
—¡Oh, lo hemos visto en sueños! —contestaban los niños; y el profesor de matemáticas fruncía el entrecejo y tomaba un aire severo, pues no podía aprobar que los niños soñasen. Una noche voló sobre la ciudad una pequeña golondrina. Seis semanas antes, sus amigas habían partido para Egipto; pero ella se quedó atrás, pues estaba enamorada del más hermoso de los juncos. Lo encontró al comienzo de la primavera, mientras revoloteaba sobre el río en pos de una gran mariposa amarilla; y su talle esbelto la sedujo de tal modo, que se detuvo para hablarle.
—¿Te amaré? —dijo la golondrina, que gustaba de no andar con rodeos. Y el junco la hizo una gran reverencia.
Entonces, la golondrina jugueteó a su alrededor, rozando el agua con las alas y trazando en ellas surcos de plata. Era su modo de hacer la corte; y así pasó todo el verano.
—Es una constancia ridícula —gorjeaban las otras golondrinas—; no tiene un céntimo, y, en cambio, demasiada familia. —Y, efectivamente, todo el río estaba cubierto de juncos.
Cuando llegó el otoño, todas emprendieron el vuelo. Entonces la golondrina se sintió muy sola, y empezó a cansarse de su amante.
—No tiene conversación —se decía—, y temo sea bastante tornadizo, pues siempre está coqueteando con la brisa.
Y, realmente, siempre que corría brisa, el junco multiplicaba sus más graciosas

cortesías.
—Es demasiado sedentario —continuaba diciéndose la golondrina—; y a mí me gusta viajar. Por tanto, quien me quiera debe amar también los viajes.
—¿Quieres seguirme? —le preguntó por fin. Pero el junco sacudió la cabeza; tal apego tenía a su hogar.
—¡Has estado jugando conmigo! —exclamó la golondrina—. Me voy a las Pirámides. ¡Adiós!
Y levantó el vuelo.
Durante todo el día estuvo volando y, al anochecer, llegó a la ciudad.
—¿Dónde me hospedaré? —se preguntó—. Espero habrán hecho preparativos para recibirme.
Entonces vio la estatua sobre su alta columna.
—Voy a guarecerme allí —se dijo—. El lugar es bonito y bien aireado.
Así, fue a posarse justamente entre los pies del Príncipe Feliz.
—Tengo una alcoba dorada —se dijo dulcemente, mirando a su alrededor. Y se dispuso a dormir. Pero no había acabado de esconder la cabeza bajo el ala, cuando le cayó encima una gran gota de agua.
—¡Qué cosa tan rara! —exclamó—. No hay una nube en todo el cielo, las estrellas están claras y brillantes, y sin embargo llueve. Realmente, este clima del norte de Europa es espantoso. Al junco le gustaba la lluvia; pero era puro egoísmo.
Entonces, cayó otra gota.
—¿Para qué sirve una estatua si no resguarda de la lluvia? —dijo—. Voy a buscar una buena chimenea.
Y decidió elevar su vuelo a otra parte.
Pero, antes de que abriese las alas, cayó una tercera gota; y mirando hacia arriba, vio… ¡Ah, lo que vio!
Los ojos del Príncipe Feliz estaban llenos de lágrimas, y lágrimas corrían por sus doradas mejillas. Tan bello era su rostro, a la luz de la luna, que la golondrina se sintió llena de compasión.
—¿Quién sois? —preguntó.
—Soy el Príncipe Feliz.
—Entonces, ¿por qué lloráis? Casi me habéis empapado.
—Cuando estaba en vida y tenía corazón de hombre —contestó la estatua—, yo no sabía lo que eran las lágrimas, pues vivía en el Palacio de la Despreocupación, donde no se permite la entrada al dolor. Durante el día jugaba con mis compañeros en el jardín, y por la noche bailaba en el gran salón. Alrededor del jardín se elevaba un altísimo muro; pero jamás sentí curiosidad por conocer lo que había tras él; tan hermoso era cuanto me rodeaba. Mis cortesanos me llamaban el Príncipe Feliz, y feliz era en verdad, si el placer es la dicha. Así viví, y así morí. Y ahora que estoy

muerto, me han subido tan alto que puedo ver todas las fealdades y toda la miseria de mi ciudad, y aunque mi corazón sea de plomo, no tengo más remedio que llorar.
«¡Cómo! ¿No es de oro de ley?» —dijo para sí la golondrina. (Era demasiado bien educada para hacer en voz alta observaciones sobre la gente.)
—Allá abajo —continuó la estatua con voz queda y musical—, allá abajo, en una callejuela, hay una casuca miserable. Una de las ventanas está abierta, y, a través de ella, veo a una mujer sentada ante una mesa. Su rostro está demacrado y marchito y sus manos, ásperas y rojizas, están llenas de pinchazos, pues es costurera. Borda pasionarias en un traje de seda que debe lucir en el próximo baile de Palacio la más bella de las damas de la reina. Sobre una cama, en un rincón del aposento, yace su hijito enfermo. Tiene fiebre, y pide naranjas. Su madre sólo puede darle agua del río; así que el niño llora. Golondrina, golondrina, golondrinita, ¿querrás llevarle el rubí del puño de mi espada? Mis pies están clavados a este pedestal, y no puedo moverme.
—Me esperan en Egipto —respondió la golondrina—. Mis amigas revolotean sobre el Nilo, y charlan con los grandes lotos. Pronto irán a dormir a la tumba del Gran Rey. Allí está el Rey, en su pintado ataúd, envuelto en lienzo amarillo, y embalsamado con especias. Alrededor del cuello tiene una cadena de jade verde pálido, y sus manos son como hojas secas.
—Golondrina, golondrina, golondrinita —dijo el Príncipe—, ¿no te quedarás conmigo una noche, y serás mi mensajera? ¡El niño tiene tanta sed, y la madre está tan triste!
—No creo que me gusten los niños —contestó la golondrina—. El verano pasado, cuando vivía a orillas del río, había dos muchachos mal educados, los hijos del molinero, que no cesaban de tirarme piedras. ¡Claro que no atinaban nunca! Nosotras, las golondrinas, volamos demasiado bien; y, además, yo soy de una familia célebre por su ligereza; pero, de todos modos, era una falta de respeto.
Mas la mirada del Príncipe Feliz era tan triste, que la golondrina se conmovió.
—Hace mucho frío aquí —dijo—; pero me quedaré una noche con vos, y seré vuestra mensajera.
—Gracias, golondrinita —dijo el Príncipe.
Entonces la golondrina arrancó el gran rubí de la espada del Príncipe, y con él en el pico remontó su vuelo por encima de los tejados. Pasó junto a la torre de la catedral, que tenía ángeles esculpidos en mármol blanco. Pasó junto al Palacio, donde se oía música de danza. Una preciosa muchacha salió al balcón con su novio.
—¡Qué hermosas son las estrellas —dijo él—, y cuán maravilloso es el poder del amor!
—Espero que mi traje estará listo para el baile de gala —replicó ella—. He mandado bordar en él pasionarias. ¡Pero las costureras son tan holgazanas!
Pasó sobre el río, y vio linternas colgadas de los mástiles de los navíos. Pasó sobre la

Judería, y vio a los viejos mercaderes urdiendo negocios y pesando monedas en balanzas de cobre. Al fin llegó a la pobre casuca, y miró. El niño se agitaba febrilmente en su cama, y la madre se había dormido de cansancio. Entonces, la golondrina saltó al cuarto y depositó el gran rubí encima de la mesa, junto al dedal de la costurera. Luego, revoloteó dulcemente alrededor de la cama, abanicando con sus alas la frente del niño.

—¡Qué fresco tan agradable! —dijo el niño—. Debo de estar mejor.

Y cayó en un delicioso sueño.

Entonces la golondrina volvió hacia el Príncipe Feliz, y le contó lo que había hecho.

—Es curioso —añadió—, pero ahora casi tengo calor; y, sin embargo, hace mucho frío.

—Es porque has hecho una buena acción —respondió el Príncipe.

Y la golondrina comenzó a reflexionar, y se durmió. Siempre que reflexionaba se dormía.

Al rayar el alba, voló hacia el río a tomar un baño.

—¡Qué extraordinario fenómeno! —exclamó el profesor de Ornitología, que pasaba por el puente—. ¡Una golondrina en invierno!

Y escribió sobre ello una larguísima carta al periódico de la localidad. Todo el mundo habló de ella. (¡Contenía tantas palabras que no se entendían!)

«Esta noche partiré para Egipto» —decíase la golondrina; y a esta idea, sentíase muy contenta.

Visitó todos los monumentos públicos, y descansó largo rato en el campanario de la iglesia. Los gorriones susurraban a su paso, y se decían unos a otros: «¡Qué extranjera tan distinguida!», cosa que la llenaba de alegría.

Al salir la luna, volvió hacia el Príncipe Feliz.

—¿Tenéis algunos encargos que darme para Egipto? —le gritó—. Voy a partir.

—Golondrina, golondrina, golondrinita —dijo el Príncipe—, ¿no te quedarás conmigo otra noche?

—Me esperan en Egipto —contestó la golondrina—. Mañana mis amigas volarán hacia la segunda catarata. Entre las cañas duerme allí el hipopótamo, y sobre un gran trono de granito se yergue el dios Memnón. Toda la noche pasa acechando las estrellas, y cuando brilla la estrella matutina lanza un grito de alegría y queda silencioso. A mediodía los leones fulvos bajan a beber a la orilla del río. Tienen ojos como berilos verdes, y sus rugidos son más sonoros que los rugidos de la catarata.

—Golondrina, golondrina, golondrinita —dijo el Príncipe—, allá abajo, al otro lado de la ciudad, veo a un joven en un desván. Está inclinado sobre una mesa cubierta de papeles, y en un vaso, a su lado, se marchita un ramo de violetas. Sus cabellos son castaños y rizados, y sus labios rojos como granos de granada, y sus ojos anchos y soñadores. Se esfuerza en acabar una obra para el director del teatro; pero tiene

demasiado frío para seguir escribiendo. No hay fuego en la chimenea, y el hambre le ha extenuado.

—Me quedaré otra noche con vos —dijo la golondrina, que realmente tenía buen corazón—. ¿Hay que llevarle otro rubí?

—¡Ay!, no tengo más rubíes —dijo el Príncipe—. Mis ojos es lo único que me queda. Son dos rarísimos zafiros traídos de la India hace mil años. Arranca uno de ellos y llévaselo. Lo venderá a un joyero, y comprará pan y leña, y acabará su obra.

—Querido Príncipe —dijo la golondrina—, yo no puedo hacer eso.

Y se echó a llorar.

—Golondrina, golondrina, golondrinita —dijo el Príncipe—, haz lo que te pido.

Entonces la golondrina arrancó uno de los ojos del Príncipe y echó a volar con él hacia el desván del estudiante. No era difícil entrar en él, pues había un agujero en el techo que aprovechó la golondrina para entrar como una flecha. Tenía el joven la cabeza hundida entre las manos; así que no oyó el rumor de las alas. Cuando, al fin, levantó los ojos vio el hermoso zafiro encima de las violetas marchitas.

—Empiezo a ser estimado —exclamó—. Esto debe provenir de algún rico admirador. Ya puedo acabar mi obra.

Y parecía completamente dichoso.

Al día siguiente la golondrina voló hacia el puerto. Se posó sobre el mástil de un gran navío, y se entretuvo mirando a los marineros, que subían con cuerdas unas enormes cajas de la cala.

—¡Me voy a Egipto! —les gritó la golondrina—. Pero nadie le hacía caso.

Al salir la luna volvió hacia el Príncipe Feliz.

—Vengo a deciros adiós —le dijo.

—Golondrina, golondrina, golondrinita —dijo el Príncipe—, ¿no te quedarás conmigo otra noche?

—Es invierno —contestó la golondrina— y pronto llegará la nieve helada. En Egipto el sol calienta sobre las palmeras verdes, y los cocodrilos, echados entre el fango, miran indolentemente en torno suyo. Mis compañeras construyen sus nidos en el templo de Baalbec, y las palomas, rosadas y blancas, las siguen con los ojos, y se arrullan entre sí. Querido Príncipe, tengo que dejaros, pero nunca os olvidaré, y la próxima primavera os traeré de allí dos piedras bellísimas para reemplazar las que disteis. El rubí será más rojo que una rosa roja, y el zafiro tan azul como el gran mar.

—Allá abajo, en la plaza —dijo el Príncipe Feliz—, hay una niña que vende cerillas. Se le han caído las cerillas en el barro y se han echado a perder. Su padre le pegará si no lleva algún dinero a casa, y por eso llora. No lleva zapatos ni medias, y su cabecita va sin nada. Arranca mi otro ojo y dáselo, y su padre no le pegará.

—Pasaré otra noche con vos —dijo la golondrina—, pero no puedo arrancaros el otro ojo. Os quedaríais ciego del todo.

—Golondrina, golondrina, golondrinita —dijo el Príncipe—, haz lo que te pido.
Entonces, la golondrina arrancó el otro ojo del Príncipe y echó a volar con él. Posándose sobre el hombro de la niña, deslizó la joya en sus manos.
—¡Qué trozo de cristal tan bonito! —exclamó la niña. Y corrió hacia su casa riendo.
Entonces, la golondrina volvió hacia el Príncipe.
—Ahora que estáis ciego —dijo— me quedaré a vuestro lado para siempre.
—No, golondrinita —dijo el pobre Príncipe—, tienes que ir a Egipto.
—Me quedaré a vuestro lado para siempre —repitió la golondrina. Y se durmió entre los pies del Príncipe.
Al día siguiente, se posó sobre el hombro del Príncipe y le contó lo que había visto en países extraños.
Le habló de los ibis rojos, que se colocan en largas filas a orillas del Nilo y pescan con sus picos peces dorados; de la Esfinge, tan vieja como el mundo, que vive en el desierto y lo sabe todo; de los mercaderes que caminan lentamente junto a sus camellos y llevan en la mano rosarios de ámbar; del Rey de las Montañas de la Luna, que es negro como el ébano y adora un gran cristal; de la gran serpiente verde, que duerme en una palmera y a la que veinte sacerdotes se encargan de alimentar con pasteles de miel, y de los pigmeos que navegan sobre un gran lago en anchas hojas lisas y están siempre en guerra con las mariposas.
—Querida golondrinita —dijo el Príncipe—, me cuentas cosas maravillosas, pero más maravilloso es todavía lo que sufren los hombres. No hay misterio tan grande como la miseria. Vuela por mi ciudad, golondrinita, y cuéntame lo que veas.
Entonces la golondrina voló por la gran ciudad y vio a los ricos que se regocijaban en sus palacios soberbios, mientras los mendigos estaban sentados a sus puertas. Voló por las callejuelas sombrías y vio los rostros pálidos de los niños que mueren de hambre, mientras miran con indiferencia las calles negras. Bajo los arcos de un puente había dos chiquillos acostados, uno en brazos del otro, para darse calor.
—¡Qué hambre tenemos! —decían.
—¡Largo de ahí! —les gritó un guardia; y tuvieron que alejarse bajo la lluvia.
Entonces la golondrina volvió hacia el Príncipe y le contó lo que había visto.
—Estoy cubierto de oro fino —dijo el Príncipe—; despréndelo hoja a hoja y dáselo a mis pobres. Los hombres creen siempre que el oro puede darles la dicha.
Hoja a hoja arrancó la golondrina el oro fino hasta que el Príncipe Feliz no tuvo ya ni brillo ni belleza. Hoja a hoja distribuyó el oro fino entre los pobres; y los rostros de los niños se pusieron sonrosados, y los niños rieron y jugaron por las calles.
—¡Ya tenemos pan! —gritaban.
Entonces vino la nieve, y después de la nieve el hielo. Las calles parecían de plata, de tal modo brillaban. Carámbanos, largos como puñales, colgaban de los aleros de las casas. Todo el mundo se cubría con pieles y los niños llevaban gorros encamados y

patinaban sobre el hielo. La pobre golondrina tenía frío, cada vez más frío, pero no quería abandonar al Príncipe; le amaba demasiado. Picoteaba las migajas a la puerta del panadero cuando éste no la veía e intentaba calentarse batiendo las alas.
Pero, al fin, comprendió que iba a morir. Tuvo aún fuerzas para volar hasta el hombro del Príncipe.
—¡Adiós, querido Príncipe! —murmuró—. ¿Me permitís que os bese la mano?
—Me alegro de que al fin te vayas a Egipto, golondrinita —dijo el Príncipe—. Demasiado tiempo has estado aquí. Pero bésame en los labios, porque te amo.
—No es a Egipto adonde voy —contestó la golondrina—. Voy a casa de la Muerte. La Muerte es hermana del Sueño, ¿verdad?
Y besó al Príncipe Feliz en los labios y cayó muerta a sus pies.
En el mismo instante resonó un singular crujido en el interior de la estatua, como si algo se hubiese roto en ella. El caso es que el corazón de plomo se había partido en dos. Indudablemente, hacía un frío terrible.
A la mañana siguiente paseaba el alcalde por la plaza con los concejales de la ciudad. Al pasar al lado de la columna levantó los ojos hacia la estatua.
—¡Caramba —dijo—, qué aspecto tan desarrapado tiene el Príncipe Feliz!
—¡Completamente desarrapado! —repitieron los concejales, que eran siempre de la opinión del alcalde; y subieron todos para examinarlo.
—El rubí de la espada se ha caído, los ojos desaparecieron, y ya no es dorado —dijo el alcalde—. En una palabra: un pordiosero.
—¡Un pordiosero! —hicieron eco los concejales.
—Y a sus pies hay un pájaro muerto —prosiguió el alcalde—. Será preciso promulgar un bando prohibiendo a los pájaros que vengan a morir aquí.
Y el secretario del Ayuntamiento tomó nota de la idea.
Mandaron, pues, derribar la estatua del Príncipe Feliz.
—Como ya no es bello, para nada sirve —dijo el profesor de Estética en la Universidad.
Entonces fundieron la estatua, y el Alcalde reunió el Municipio para decidir qué harían con el metal.
—Podemos —propuso—, hacer otra estatua. La mía, por ejemplo.
—O la mía —dijo cada uno de los concejales.
Y empezaron a disputar. La última vez que oí hablar de ellos seguían disputando.
—¡Qué cosa más rara! —dijo el encargado de la fundición—. Este corazón de plomo no quiere fundirse; habrá que tirarlo a la basura.
Y lo arrojaron al basurero en que yacía la golondrina muerta.
—Tráeme las dos cosas más preciosas de la ciudad —dijo Dios a uno de sus ángeles.
Y el ángel le trajo el corazón de plomo y el pájaro muerto.
—Has elegido bien —dijo Dios—, pues en mi jardín del Paraíso esta avecilla cantará

eternamente, y en mi ciudad de oro el Príncipe Feliz repetirá mis alabanzas.

El ruiseñor y la rosa

Dijo que bailaría conmigo si la llevaba rosas rojas —exclamó el Estudiante—; pero en todo mi jardín no hay una rosa roja.

Desde su nido en la encima le oyó el Ruiseñor, y, mirando a través de las hojas, se maravilló.

—¡Ni una rosa roja en todo el jardín! —exclamaba el Estudiante; y sus bellos ojos se llenaron de lágrimas—. ¡Ah, de qué pequeñas cosas depende la felicidad! He leído cuanto los sabios han escrito, y míos son todos los secretos de la filosofía; sin embargo, por falta de una rosa roja me siento desgraciado.

—He aquí, al fin, un verdadero amante —dijo el Ruiseñor—. Noche tras noche lo he cantado, a pesar de no conocerle; noche tras noche he contado su historia a las estrellas, y ahora, por fin, le veo. Sus cabellos son obscuros como la flor del jacinto, y sus labios, rojos como la rosa de su deseo; pero la pasión ha empalidecido su rostro como el marfil, y la tristeza ha puesto su sello sobre su frente.

—El Príncipe da un baile mañana por la noche, —murmuraba el Estudiante—, y mi amor asistirá a él. Si le llevo una rosa roja, bailará conmigo hasta el alba. Si le llevo una rosa roja, la estrecharé entre mis brazos, y ella reclinará su cabeza sobre mi hombro, y su mano se apoyará en la mía. Pero como no hay ni una rosa roja en mi jardín, tendré que sentarme solo, y ella pasará ante mí. Y no me hará caso, y mi corazón se romperá.

—He aquí, en efecto, al verdadero amante —dijo el Ruiseñor—. De lo que yo canto, él sufre; lo que es alegría para mí, es dolor para él. Indudablemente, el Amor es una admirable cosa. Más precioso es que las esmeraldas, y más raro que los ópalos claros. Perlas y granadas no pueden comprarlo, ni es expuesto en los mercados. No puede adquirirse de los mercaderes, ni es posible pesarlo en la balanza del oro.

—Los músicos se sentarán en la galería —decía el Estudiante—, y tocarán en sus instrumentos, y mi amor bailará al son del arpa y del violín. Bailará tan levemente, que sus pies no tocarán el suelo, y los cortesanos, en sus trajes vistosos, harán corro en torno de ella. Pero conmigo no bailará, porque no tengo rosa roja que darle.

Y se arrojó sobre la hierba, y, escondiendo su rostro entre las manos, lloró.

—¿Por qué llora? —preguntó un pequeño lagarto verde, que acababa de pasar ante él con la cola al aire.

—¿Por qué? —repitió una mariposa, revoloteando tras un rayo de sol.

—¿Por qué? —musitó una margarita a su vecina, con tenue y dulce voz.

—Llora por una rosa roja —dijo el Ruiseñor.

—¿Por una rosa roja? —exclamaron—. ¡Qué ridiculez!

Y el pequeño lagarto, que tenía algo de cínico, rió a carcajadas. Pero el Ruiseñor comprendió el secreto de la pesadumbre del Estudiante, y, posándose silenciosamente

en la encina, meditó sobre el misterio del Amor.
De pronto, desplegó sus alas pardas y se remontó en el aire. Pasó a través de la alameda como una sombra, y como una sombra se deslizó por el jardín.
En el centro del prado se erguía un hermoso rosal.
Al verlo, voló hacia él, posándose en una rama.
—Dame una rosa roja —gritó—. Y te cantaré mi canción más dulce.
Pero el rosal sacudió la cabeza.
—Mis rosas son blancas —contestó—, tan blancas como la espuma del mar, y más blancas que la nieve en la montaña. Pero ve a mi hermano que crece en torno del viejo reloj de sol, y acaso él te dará lo que necesitas.
Y el Ruiseñor voló hacia el rosal que crecía en torno del viejo reloj de sol.
—Dame una rosa roja —gritó—, y te cantaré mi canción más dulce.
Pero el rosal sacudió la cabeza.
—Mis rosas son amarillas —contestó—, tan amarillas como los cabellos de la sirena que se sienta en un trono de ámbar, y más amarillas que el narciso que florece en el prado antes de que el segador venga con su guadaña. Pero ve a mi hermano que crece bajo la ventana del Estudiante, y acaso él te dará lo que necesitas.
Y el Ruiseñor voló hacia el rosal que crecía bajo la ventana del Estudiante.
—Dame una rosa roja —gritó—, y te cantaré mi canción más dulce.
Pero el rosal sacudió la cabeza.
—Mis rosas son rojas —contestó—, tan rojas como las patas de las palomas, y más rojas que los grandes abanicos de coral que centellean en las cavernas del océano. Pero el invierno heló mis venas, y la escarcha ha marchitado mis capullos y la tormenta ha roto mis ramas, y en todo este año no tendré rosas.
—Una rosa roja es todo lo que necesito —gritó el Ruiseñor—; ¡sólo una rosa roja! ¿No hay medio alguno de conseguirla?
—Uno hay —contestó el rosal—, pero tan terrible, que no me atrevo a decírtelo.
—Dímelo —repuso el Ruiseñor—. Yo no me asusto.
—Si quieres una rosa roja —dijo el rosal—, tienes que fabricarla con música, a la luz de la luna, y teñirla con la sangre de tu corazón. Tienes que cantar con tu pecho apoyado sobre una de mis espinas. Toda la noche cantarás, y la espina atravesará tu corazón, y la sangre de tu vida fluirá en mis venas y se hará mía.
—La muerte es un precio excesivo para pagar una rosa roja —exclamó el Ruiseñor —, y la vida es dulce a todos. Agradable es posarse en el bosque verde y contemplar el sol en su carroza de oro y la luna en su carroza de perlas. Dulce es el aroma del espino, y dulces son las campanillas azules que se esconden en el valle y el brezo que florece en el collado. Sin embargo, el Amor es mejor que la vida, y ¿qué es el corazón de un pájaro comparado con el corazón de un hombre?
Y desplegando sus alas pardas se remontó en el aire. Pasó rápidamente por el jardín

como una sombra, y como una sombra se deslizó a través de la alameda.
El Estudiante continuaba echado en la hierba, como le había dejado, y las lágrimas no se secaban en sus bellos ojos.
—¡Sé feliz —gritó el Ruiseñor—, sé feliz; tendrás tu rosa roja! Yo la fabricaré con música, a la luz de la luna, y la teñiré con la sangre de mi corazón. Todo lo que te pido, en cambio, es que seas un verdadero amante, porque el Amor es más sabio que la Filosofía, por sabia que ésta sea, y más poderoso que la Fuerza, por fuerte que ésta sea. Llamas de mil matices son sus alas, y del color del fuego es su cuerpo. Sus labios son dulces como la miel, y su aliento es como incienso.
El Estudiante levantó la vista de la hierba, y escuchó; pero no comprendió lo que le decía el Ruiseñor, porque él sólo sabía lo que está escrito en los libros.
Pero la encina comprendió, y entristecióse, porque tenía un gran cariño al pequeño Ruiseñor, que había construido el nido en sus ramas.
—Cántame una última canción —susurró—; voy a sentirme muy sola cuando te hayas ido.
Y el Ruiseñor cantó para la encina, y su voz era como agua que cae de un jarro de plata.
Cuando hubo terminado su canción, levantóse el Estudiante, y sacó de su bolsillo un cuadernito y un lápiz.
—Tiene estilo —se decía a sí mismo, mientras caminaba por la alameda—, no puede negarse, ¿pero siente lo que canta? Temo que no. En verdad, es como tantos artistas: todo estilo, y nada de sinceridad. No se sacrificaría por los demás. Piensa solamente en música, y ya es sabido que las artes son egoístas. Sin embargo, hay que convenir en que tiene en su voz notas muy bellas. ¡Lástima que no signifiquen nada, o, por lo menos, nada práctico!
Y entró en su cuarto, y, echándose sobre el jergón, comenzó a pensar en su amor. Al cabo de unos momentos, quedó dormido.
Y cuando la luna lució en los cielos, el Ruiseñor voló hacia el rosal, y colocó el pecho sobre una de sus espinas. Toda la noche estuvo cantando con el pecho sobre la espina, y la fría y cristalina luna se inclinó para escuchar. Toda la noche estuvo cantando, y la espina se clavaba más y más en su pecho, y la sangre de su vida corría fuera.
Cantó primero el nacimiento del Amor en los corazones de dos adolescentes. Y en la rama más alta del rosal, floreció una rosa maravillosa, pétalo tras pétalo, como canción tras canción. Pálida era al principio, como la bruma que fluctúa sobre el río; pálida como los pies de la mañana, y argentada como las alas de la aurora. Como el reflejo de una rosa en el espejo de plata, como el reflejo de una rosa en una balsa de agua, así era la rosa que floreció en la rama más alta del rosal.
Pero el rosal gritó al Ruiseñor que se apretase más contra la espina.
—¡Apriétate más, pequeño Ruiseñor —gritó el rosal—, o el día vendrá antes de haber

dado fin a la rosa!

Y el Ruiseñor se apretó más contra la espina, y más y más creció su canto, porque cantaba el nacimiento de la pasión en el alma de un hombre y de una virgen.

Y un delicado rubor cubrió las hojas de la rosa como el rubor que cubre las mejillas del novio cuando besa los labios de su prometida. Pero la espina no había llegado aún a su corazón, y el corazón de la rosa permanecía blanco, porque sólo la sangre del corazón de un ruiseñor puede enrojecer el corazón de una rosa.

Y el rosal gritó al Ruiseñor que se apretase más contra la espina.

—¡Apriétate más, pequeño Ruiseñor —gritó el rosal—, o el día vendrá antes de haber dado fin a la rosa!

Y el Ruiseñor se apretó más contra la espina, y la espina alcanzó su corazón, y una fiera congoja de dolor le traspasó. Más y más amargo era el dolor, y más y más impetuosa se hacía su canción, porque cantaba al Amor perfeccionado por la muerte, el Amor que no muere en la tumba.

Y la maravillosa rosa tornóse carmesí, como la rosa del cielo de Oriente. Purpúrea era la corona de pétalos, y purpúreo como un rubí el corazón.

Pero la voz del Ruiseñor desmayaba, y sus alitas comenzaron a batir, y una nube cayó sobre sus ojos. Más y más desmayaba su canto, y sentía que algo obstruía su garganta.

Entonces tuvo una última explosión de música. La blanca luna, oyéndola, olvidó el alba y se demoró en el horizonte. La rosa roja, al oírla, tembló toda de éxtasis, y abrió sus pétalos al frío de la mañana. Eco la llevó a su purpúrea caverna de las montañas, y despertó a los dormidos pastores de sus sueños. Flotó entre los juncos del río, que llevaron su mensaje al mar.

—¡Mira, mira —gritó el rosal—, ya está terminada la rosa!

Pero el Ruiseñor no contestó, porque yacía muerto entre la hierba, con la espina clavada en el corazón.

Al mediodía, el Estudiante abrió su ventana y miró hacia fuera.

—¡Caramba, qué maravillosa visión! —exclamó—. ¡Una rosa roja! En mi vida he visto rosa semejante. Es tan bella, que estoy seguro tiene un largo nombre en latín.

E inclinándose, la arrancó.

Se puso el sombrero y, con la rosa en la mano, corrió a casa del profesor.

La hija del profesor estaba sentada a la puerta, devanando una madeja de seda azul, con su perrito a los pies.

—Dijisteis que bailaríais conmigo si os traía una rosa roja —dijo el Estudiante—. He aquí la rosa más roja de todo el mundo. La prenderéis esta noche sobre vuestro corazón y, como bailaremos juntos, podré deciros cuánto os amo.

Pero la muchacha frunció el ceño.

—Temo que no vaya bien con mi vestido —repuso—; y, además, el sobrino del

Chambelán me ha enviado algunas joyas de verdad, y todo el mundo sabe que las joyas cuestan más que las flores.

—A fe mía que sois una ingrata —dijo agriamente el Estudiante; y tiró la rosa al arroyo, donde un carro la aplastó al pasar.

—¿Ingrata? —dijo la muchacha—. Y yo os digo que sois un grosero. ¿Y, al fin y al cabo, qué sois? Sólo un estudiante. Ni siquiera creo que llevéis hebillas de plata en los zapatos, como el sobrino del Chambelán.

Y, levantándose de la silla, entró en la casa.

—¡Qué necia cosa es el Amor! —se decía el Estudiante, mientras caminaba—. No es ni la mitad de útil que la Lógica, porque nada demuestra, y le habla a uno siempre de cosas que no suceden nunca, y hace creer cosas que no son ciertas. En realidad, no es práctico, y como, en estos tiempos, ser práctico es todo, volveré a la Filosofía y a los estudios de Metafísica.

Y, al llegar a su casa, abrió un grande y polvoriento libro, y se puso a leer.

El Gigante egoísta

Todas las tardes, cuando salían de la escuela, acostumbraban los niños ir a jugar al jardín del Gigante.
Era un hermoso e inmenso jardín, tapizado de hierba verde y suave. Aquí y allá, entre el césped, crecían flores brillantes como estrellas, y había doce albérchigos que durante la primavera florecían en delicadas corolas de rosa y aljófar, y en el otoño se cargaban de rico fruto. Los pájaros se posaban en los árboles y cantaban tan dulcemente, que los niños suspendían a menudo sus juegos para escucharlos.
—¡Qué felices somos aquí! —se gritaban unos a otros.
Un día, el Gigante volvió. Había ido a visitar a su amigo el ogro de Cornualles, y permanecido con él durante siete años. Al cabo de los siete años había dicho ya todo lo que tenía que decir, pues su conversación era limitada, y determinó volver a su castillo. Al llegar, vio a los niños jugando en el jardín.
—¿Qué hacéis aquí? —vociferó ásperamente. Y los niños escaparon corriendo.
—Mi jardín es mi jardín —dijo el Gigante—, todo el mundo debe comprenderlo, y a nadie permitiré que juegue en él.
Al efecto, levantó una tapia elevadísima y puso un cartelón que decía:

Se prohíbe la entrada
bajo las penas consiguientes.

Era un Gigante muy egoísta.
Los pobres niños no tenían ya sitio en que jugar. Trataron de hacerlo en la carretera, pero la carretera era muy polvorienta y sembrada de duros guijarros, y no les gustó. Con frecuencia rondaban en torno de la tapia, al salir de clase, y hablaban del hermoso jardín que había detrás.
—¡Qué felices éramos entonces! —se decían unos a otros.
Cuando llegó la Primavera toda la comarca se pobló de pájaros y flores. Sólo en el jardín del Gigante egoísta reinaba aun el invierno. Los pájaros, como no había niños, no se cuidaban de cantar, y los árboles se olvidaron de florecer. Una vez, una hermosa flor sacó la cabeza de entre la hierba; pero, en cuanto vio el cartel, se sintió tan triste a causa de los niños, que volvió a meterse en tierra y se durmió de nuevo. Los únicos que estaban a gusto eran la Nieve y la Escarcha.
—La Primavera olvidó este jardín —decían—: así que viviremos en él todo el año.
La Nieve cubrió la hierba con su gran manto blanco, y la Escarcha pintó de plata los árboles. Luego invitaron al Viento del Norte a que pasara una temporada con ellos. Y el Viento del Norte vino. Iba envuelto en pieles y estuvo rugiendo todo el día a través del jardín y derribando las chimeneas.

—¡Qué paraje tan delicioso! —dijo—: tenemos que decir al Granizo que nos haga una visita.

Y el Granizo vino. Todos los días, por espacio de tres horas, tocaba el tambor sobre los tejados del castillo, hasta que hubo roto la mayor parte de las pizarras, después de lo cual se ponía a dar vueltas alrededor, corriendo todo lo deprisa que le era posible. Iba vestido de gris, y su aliento era como hielo.

—No comprendo por qué la Primavera tarda tanto en llegar —decía el Gigante egoísta cuando se asomaba a la ventana y veía su frío jardín blanco—, espero que el tiempo cambie pronto.

Pero la Primavera no vino jamás, ni el Verano tampoco. El Otoño dio frutos dorados a todos los jardines, pero al jardín del Gigante no le dio ninguno.

—Es demasiado egoísta —decía.

Así, siempre fue allí Invierno, y el Viento del Norte, y el Granizo, y la Escarcha, y la Nieve, de continuo danzaban en medio de los árboles. Una mañana estaba todavía el Gigante en la cama, cuando oyó una música sumamente agradable. Tan dulcemente sonaba a sus oídos, que pensó debía ser el rey de los músicos que pasaba. En realidad no era más que un jilguerillo que cantaba frente a la ventana, pero hacía tanto tiempo que no oía cantar a un pájaro en su jardín, que le pareció la música más bella del mundo. Entonces el Granizo suspendió su danza, y el viento del Norte cesó de rugir, y un delicioso aroma entró por las maderas abiertas.

—Me parece que, al fin, llegó la Primavera —dijo el Gigante; y saltando de la cama corrió a la ventana.

¿Qué fue lo que vio?

Vio un maravilloso espectáculo. A través de una brecha del muro habían entrado los niños y se habían subido a los árboles. En cada árbol había un niño, y los árboles se sentían tan contentos de tenerlos nuevamente entre sí, que se habían cubierto de flores, y balanceaban suavemente sus brazos sobre las cabezas infantiles. Los pájaros volaban piando con deleite en torno de ellos, y las flores se asomaban entre la hierba verde, y reían. Realmente, era un hermoso espectáculo. Sólo en un rincón reinaba todavía el Invierno. Era el más apartado rincón del jardín, y un niño se encontraba en él. Era tan pequeño, que no podía llegar a las ramas del árbol, y daba vueltas en torno, llorando amargamente. El pobre árbol estaba aún completamente cubierto de escarcha y nieve, y el Viento del Norte soplaba y rugía sobre él.

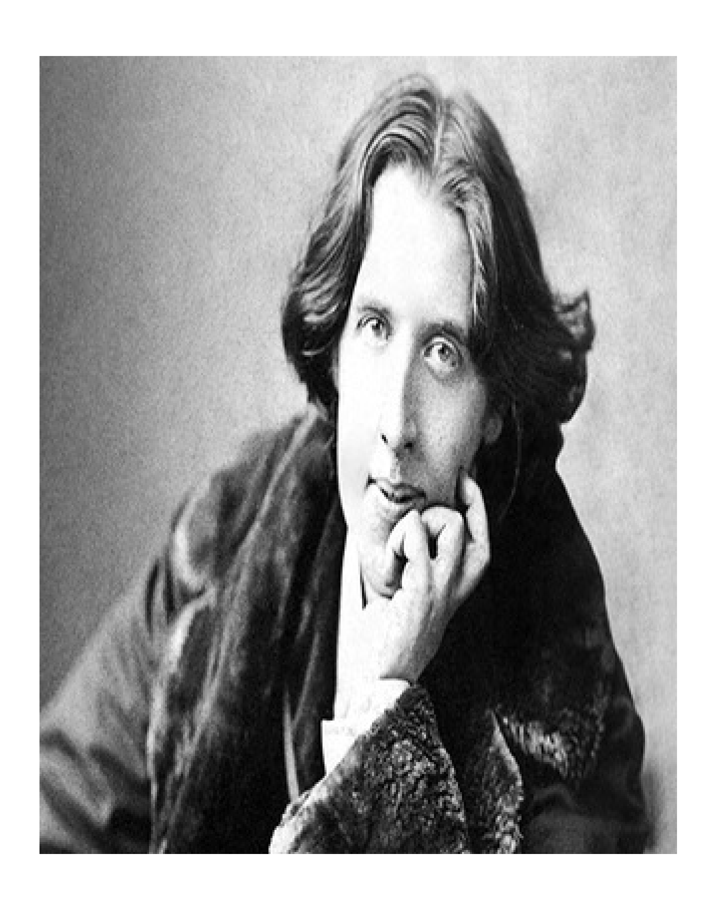
—¡Sube, chiquitín! —decía el árbol, y bajaba sus ramas todo lo que le era posible, pero el niño era demasiado pequeño.

Y el Gigante sintió derretírsele el corazón mientras miraba.

—¡Cuán egoísta he sido! —exclamó—, ahora sé por qué la Primavera no quería venir aquí. Yo subiré a ese pobre chiquitín al árbol y después derribaré el muro, y mi jardín será para siempre el lugar de recreo de los niños.

Y, realmente, estaba muy arrepentido de lo que había hecho.
Bajó, pues, la escalera, abrió sigilosamente la puerta de la fachada, y entró en el jardín. Pero cuando los niños le vieron se asustaron de tal modo, que echaron todos a correr, y el jardín quedó de nuevo en Invierno. Sólo el pequeñín no huyó, pues sus ojos estaban tan llenos de lágrimas, que no vio venir al Gigante. Y el Gigante llegó hasta él, y cogiéndole dulcemente entre sus manos, lo subió al árbol. Y el árbol floreció de repente, y los pájaros vinieron a cantar en él, y el pequeñín echó los brazos al cuello del Gigante y le besó. Y los demás niños, cuando vieron que el Gigante ya no era malo, volvieron corriendo, y con ellos volvió la Primavera.
—El jardín es vuestro desde ahora, hijos míos —dijo el Gigante; y empuñando una gran hacha derribó el muro. Y al mediodía, cuando la gente se dirigía al mercado, encontraron al Gigante jugando con los niños en el más hermoso jardín que habían visto nunca.
Todo el día estuvieron jugando, y al anochecer vinieron a decir adiós al Gigante.
—Pero ¿dónde está vuestro compañerito —preguntó éste—, el niño que subí al árbol?
El Gigante le quería más que a los otros, porque le había besado.
—No sabemos —contestaron los niños—, se ha ido.
—Decidle que venga mañana —dijo el Gigante.
Pero los niños dijeron que no sabían dónde vivía, y que nunca le habían visto antes; y el Gigante quedó muy triste.
Todas las tardes, al salir de la escuela, los niños venían a jugar con el Gigante. Pero al pequeñín que el Gigante prefería no se le volvió a ver. El Gigante era muy bueno con todos los niños, pero, sin embargo, echaba de menos a su primer amiguito y a menudo hablaba de él.
—¡Cuanto me gustaría verle! —repetía.
Pasaron los años y el Gigante envejeció y sus fuerzas flaquearon. Ya no podía jugar, sentado en un enorme sillón, miraba jugar a los niños y admiraba su jardín.
—Tengo muchas flores hermosas —decía—, pero los niños son las flores más hermosas de todas.
Una mañana de invierno, miró por la ventana mientras se vestía. Ya no odiaba el Invierno, pues sabía que era simplemente la Primavera dormida, y que las flores estaban descansando. De pronto se restregó los ojos, maravillado, y miró, y miró.
Ciertamente que era maravilloso lo que veía. En el rincón más apartado del jardín había un árbol totalmente cubierto de flores blancas. Sus ramas eran todas doradas, y frutos de plata pendían de ellas, y debajo estaba en pie el chiquitín a quien tanto había querido.
Lleno de alegría, bajó corriendo el Gigante las escaleras, y entró en el jardín. Y, cuando llegó junto al niño, su rostro enrojeció de cólera y dijo:
—¿Quién se ha atrevido a herirte?

Porque en la palma de las manos del niño había las huellas de dos clavos, y las huellas de dos clavos había en sus piececitos.
—¿Quién se ha atrevido a herirte? —gritó el Gigante—, dímelo, para coger mi espada y darle muerte.
—¡No! —respondió el niño—; éstas son las heridas del Amor.
—¿Quién eres tú? —dijo el Gigante; y un extraño temor se apoderó de él, y cayó de rodillas ante el pequeñín.
Y el niño sonrió al Gigante, y le dijo:
—Tú me dejaste una vez jugar en tu jardín; hoy jugarás conmigo en mi jardín, que es el Paraíso.
Y cuando los niños llegaron aquella tarde encontraron muerto al Gigante, debajo del árbol, todo cubierto de flores blancas.



OSCAR WILDE. (Dublín, 16 de octubre de 1854 - París, 30 de noviembre de 1900) Fue un escritor, poeta y dramaturgo irlandés que es considerado uno de los artistas más destacados del Londres victoriano tardío; además, fue una celebridad de la época debido a su gran y aguzado ingenio. Hoy en día, es recordado por sus epigramas, obras de teatro y la tragedia de su encarcelamiento, seguida de su temprana muerte.

Notas

[1] Especie de guía diccionario, donde aparecen en compendio las vidas y milagros de las personas de la buena sociedad. <<



[2] Juego de palabras sobre lyon, que significa león y, por extensión, persona a la moda. <<

[3] Famosa biblioteca circulante de Londres. <<

[4] Nombre familiar que se da en los EE. UU. a la bandera nacional. <<

[5] Equivalente a la sota en la baraja inglesa. <<

[6] Isabel I. <<